

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS : EN MADRID,
LLEVADO Á DOMICILIO.

Tres meses. 8 reales.
Seis meses. 15 »
Un año. 28 »

Se suscribe en Madrid en la administracion, libreria extranjera y nacional de D. Carlos Bally-Bailliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Principe, núm. 44.
En Provincias en todas las librerias y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS,
FRANCO DE PORTE.

Tres meses. 12 reales.
Seis meses. 21 »
Un año. 38 »



Pero el desconocido se hallaba ya derribado en el suelo y sujeto por la mano fuerte de Koenigsmark. (Pág. 230, columna 3.ª).

LOS AMORES MORTALES

por

MR. ADRIEN ROBERT

TRADUCCION DE

D. J. F. SAENZ DE URRACA.

(Continuacion.—Véase el num. 14).

Un grito de indignacion y de furor espiró en los labios de Felipe, á quien Wurzen seguia contentiendo.

Un murmullo confuso resonó entre la multitud, la cual se puso toda de parte del principe.

Abrahmsen tomó el despacho que Jorge habia tirado sobre la mesa, y le destabló.

—Mr. de Koenigsmark, dijo volviéndose hacia los cortesanos, ha tenido la habilidad de hacer que el rey Carlos XII le nombre principe de Halmstadt: ya no es un desertor.

—¡No! exclamó Felipe desembarazándose de las manos de Wurzen: soy el igual de Jorge de

Hannover, y delante de todos le pido satisfaccion de sus infames acusaciones. Aquí solo hay un asesino: el que hacia mutilar á los drabanes de Suecia en las trincheras de Debreczin; ¡solo hay un calumniador y un villano! el que, negando á una hija el ultimo beso de su padre, la acusa de fugarse con su amante, cuando sale muy bien que lo que va á buscar es la bendicion de un moribundo.

—¡Ante Dios y por la salvacion de mi alma, juro que esa es la verdad! exclamó á su vez Karl Brawe, estendiendo la mano derecha hacia un crucifijo colgado de la pared.

—Jurad tambien, que por su padre era por quien Sofia de Brunswick se hallaba, hace un mes, por la noche, en vuestro estudio con Mr. de Koenigsmark, repuso Jorge señalando á la santa imagen.

—¡No jureis, Karl, os lo prohibo! exclamó Sofia apoyando su mano en los labios del pintor.

—¿Que va á decir? murmuró Abrahmsen viéndola adelantarse de improvisó hacia Jorge con la cabeza erguida y la mirada segura.

—Basta de vergüenzas como esta, caballero, dijo la princesa con voz sorda; con una sola palabra podria derribar todo ese castillo de mentiras y de villanias; pero seria rescatar por un precio harto elevado una mancha que no merezco, pero que acepto, porque asi ya no hay tregua posible. Mandad que se retire toda esa gente.

—Dejadnos, señores, repuso Jorge volviéndose e hacia su comitiva.

—¿Volverémos á vernos, Jorge de Hannover? dijo Felipe, á quien Dietrich y Wurzen se llevaron fuera.

Brawer y Margarita aguardaron á que los circunstancias se hubiesen alejado para cerrar la puerta y entrar en seguida en la habitacion de la izquierda.

X.

EL POLÍTICO APURADO.

Jorge y Sofia se quedaron solos. Hubo algunos minutos de silencio.

—Caballero, le dijo friamente la princesa, acabais de hacer una necedad.

El tono de voz sereno y glacial de la princesa, su aspecto sereno y resuelto, aquella palabra *necedad*, que parecía tan poco aplicable á los recientes sucesos, todo esto formaba tal contraste con las palabras que habían precedido, que Jorge no pudo menos de experimentar inquietud, y no supo qué contestar.

—O una falta, repuso su mujer; ya sabeis, como dice nuestro digno padre, el antiguo obispo de Osnabruck, ¡es mas que un crimen, es una falta!

El rostro del principe se puso lívido; tuvo miedo de encontrar en su mujer un alma política oculta hasta entonces; temió tropezar con una hipocresía como la que en tan alto grado tenía él, y ver desvanecerse uno de sus sueños de ambición ante un lazo que le tendiese aquella mujer á quien había herido tan profundamente.

Jorge no ignoraba el universal interés que la princesa de Tell escitaba en Alemania. Sabía que los principes de Wolfenbuttel, primos suyos, se declaraban campeones caballerescos de Sofia-Dorotea; que el rey Augusto de Sajonia y el impetuoso rey de Suecia, escitados por su favorito Koenigsmark, hacían alarde de protegerla. Pero hasta entonces, con su política había neutralizado aquellas influencias de amistad y de cariño.

Mientras todos estos pensamientos bullían rápidos y tumultuosos en la mente del principe, su mujer le decía con calma:

—Acabais de tratarme delante de toda vuestra servidumbre, como el último jornalero se avergonzaria de tratar á su mujer, aunque esta fuese la mas infame y miserable; si, un bandido, un asesino, vacila para proclamar la deshonra de la que es madre de sus hijos, vacila aun cuando tenga las pruebas en su mano; se vengará, quizás, en el fondo de su morada, la abrumará, la pegará, y aun la matará; pero no la deshonra públicamente. Y hé ahí lo que habeis hecho vos, caballero, vos, principe elector, sabiendo que soy inocente y sin tener siquiera la disculpa de los celos, porque no me amais; solo lo habeis hecho por interés personal. Pues bien; justo es que yo os pague ese interés: ¿cuánto creéis que vale tal infamia?

—Vos sois quien me insultais ahora, gritó Jorge con un arrebató de cólera.

La princesa se echó á reír y repuso:

—Serenaos, caballero, voy á deciros su precio. Me habeis tratado, añadió con voz fuerte y solemne acento, como á una mujer perdida; me habeis envilecido delante de todos, como á una adúltera infame. Vamos á salir de aquí los dos juntos, vos delante de mí, con sombrero en mano, hablándome con el tono mas respetuoso, como á una princesa esposa vuestra y á la madre del heredero de Hannover, y me llevaréis así, á pié, hasta el palacio electoral, á fin de que la ciudad entera pueda ver los homenajes que me tributais.

—¿Yo he de hacer eso? dijo el principe echándose á reír á su vez.

—Eso y otra cosa mas: tan luego como hayais regresado á palacio, mandaréis estender un contrato de separacion entre nosotros, contrato fundado en los motivos mas elevados y mas dignos de mí. Sabréis hallarlos con facilidad, porque sois un gran político. Ese contrato romperá para siempre los vinculos que nos unen, lo cual deseamos ambos, no vergonzosamente y arrastrándome por el fango, como vos quereis, sino de una manera honrosa y con la frente erguida como yo lo exijo.

La princesa hizo una pausa.

—¡Continuad! dijo el principe con aspecto irónico todavía; pero en el fondo muy ansioso por ver el desenlace de aquellas exigencias que parecían absurdas en tal situación.

—Una voluntad postrera. En esta misma noche se firmará ese documento, los carruajes de la corte me aguardarán, y solo saldré del salon para marchar á Luneburgo. Me habeis privado de recibir la última bendicion de mi padre; supongo que no me impediréis vaya á tributarle los últimos deberes. Porque el duque de Tell ha muerto, vos sois quien acabais de decirmelo, ¡y de qué modo!....

La princesa no pudo menos de llevarse el pañuelo á los ojos.

—Si señora, vuestro padre ha muerto, dijo cruelmente Jorge, quien tenía un alma perversa, y se complacia en sepultar mas y mas el puñal en la herida.

Lo consiguió por completo: lágrimas abrasadoras brotaron con mas abundancia de los ojos de la pobre mujer, y durante un momento solo se oyeron sus sollozos. Pero muy luego se repuso, y levantando la cabeza con altivez, dijo:

—Caballero, si el duque de Tell ha muerto, á mí es á quien corresponde la herencia del ducado de Luneburgo.

—Seguramente, repuso Jorge, á vos y á vuestros hijos.

Esto fué dicho con sencillez; pero con cierto grado de inquietud.

—¡Solo a mí! replicó la princesa.

—¡Solo á vos! gritó Jorge; ¡los contratos se oponen á eso!

—Hemos solicitado el permiso del emperador. Mi padre os conocia bajo vuestra máscara, caballero. El ducado me corresponde á mí sola mientras viva: hay en Viena un testamento, bajo el sello del santo imperio y bajo la salvaguardia de S. M. Verémos si el principe de Hannover se atreve á hacer la guerra al rey de Bohemia y de Hungría.

Jorge estaba aterrado. Todos sus planes se venían á tierra. Aquella mujer á quien había querido arrastrar por el fango, tenía en su mano su fortuna y aquel ducado de Brunswick tan codiciado.

—¡Es imposible! dijo con una especie de ahullido; haré que os declaren adúltera y despojada de vuestros derechos.

—Que volverán entonces á la rama de los Wolfenbuttel: el testamento está terminante. Ellos son los herederos, á no ser que haya por mi parte cesion ó renuncia.

—¡Renuncia! ah! dijo sordamente el principe començando á vislumbrar el desenlace de aquella crisis. ¿Pero es verdadero ese testamento?

Sofia sacó lentamente de su pecho una carta en la que el anciano duque de Tell anunciaba á su hija todo cuanto había hecho por ella. Al pié de la carta estaba el sello del imperio.

Cuando Jorge hubo concluido de leer, permaneció un momento inmóvil, y luego, sin levantar la cabeza, comenizó á recorrer de nuevo aquellas líneas, como un abogado que estudia la causa adversa. Hubo un momento de silencio que interrumpió la princesa Sofia, diciendo tan solo:

—El ducado de Tell en cambio de mi honra y mi libertad.

Jorge pareció que vacilaba todavía. Comenizó á pasearse presuroso por la habitacion. Se hallaba dominado por una inquietud violenta; gruesas gotas de sudor corrían por su frente. Pero esto no duró mas que algunos segundos; de improviso levantó la cabeza, y pasándose la mano por la cara, verificó un prodigio muy fácil para aquel hombre que tanto se había elevado en la sociedad á fuerza de perfidia. La espresion de su semblante, contraído por la cólera, atormentado por la incertidumbre y el odio, humillado por la derrota, desapareció como por encanto. Sus facciones se revisieron de la espresion mas graciosa, y casi se vió una sonrisa en aquella boca crispada. Abrió la puerta y gritó con voz fuerte:

—¡Entrad, señores!

Sus oficiales, sus pajes y sus guardas con Abrahamsen y Wurzen á la cabeza, volvieron á entrar precipitadamente, curiosos, pero asustados al mismo tiempo por el desenlace de aquella tragedia.

El principe estaba sin sombrero. Su rostro, radiante y respetuoso á la par, solo espresaba serenidad y la preocupacion de la etiqueta.

Todos retrocedieron un paso.

—Vamos, señores, olvidais vuestro deber: ¡la espada desenvainada delante de la princesa de Hannover!

Era este un honor que solo á los soberanos se tributaba. Todos obedecieron sin comprender lo mas mínimo; pero el estupor no conoció ya límites, cuando el principe inclinándose profunda-

mente delante de su mujer, le presentó la mano y le dijo:

—¿Me dispensará V. A. la honra de aceptar mi mano para conducirla al palacio electoral?

Sofia era ya Alteza, puesto que era princesa reinante de Tell. Solo Jorge y ella se entendían.

La princesa se contentó con inclinarse y aceptó la mano de su marido.

Así fué como salieron de la casa. Tenían que atravesar la mitad de Hannover para entrar en el palacio electoral. La princesa no perdonó un solo paso á Jorge, y entonces se ofreció el espectáculo mas singular.

El rumor del encuentro del principe y de los insultos que prodigara á la princesa una hora antes, se había difundido por la ciudad con la rapidez de un rastro de pólvora que se inflama. Fácilmente se concebirá la emocion que de aquí resultó: todos se precipitaron á las calles y se formaron grupos en todas partes. Allí se refería el suceso con mil versiones diferentes; pero como á la princesa, afable para con todos, indulgente, hermosa y caritativa para con los desgraciados, era universalmente adorada, y como Jorge era justamente execrado, todas las versiones eran desfavorables para este. Se decía que había llegado hasta el extremo de pegar á la princesa. Las mujeres se indignaban contra aquel monstruo. Los hombres ponderaban la inalterable virtud de aquella mujer, en medio de una corte tan depravada, y su carácter inatacable, no obstante el amor declarado de Koenigsmark. Tambien se había difundido el rumor de la muerte del duque de Tell, y se refería la manera en que el bárbaro Jorge había anunciado á la princesa la muerte de un padre querido. Todas estas narraciones exaltaban la imaginacion popular, y cuando aparecieron los dos principes, la opinion pública siguió al sentimiento del corazon.

El primer movimiento fué el estupor, y los menos sorprendidos no fueron Koenigsmark y Brawer.

Pero cuando la princesa pasó por delante de ellos, que apoyados en una esquina de una casa la aguardaban, dispuestos á combatir y á morir por ella, su mirada cayó tan dulce, tan radiante, tan llena de promesas sobre su querido y hermoso Felipe, que penetró como un dardo de fuego hasta su corazon, y Karl le vió tambalearse.

Era la primera vez que Sofia-Dorotea le decía: «Os amo.»

Desde entonces pareció que todo temor se desvanecía en su alma; quedó penetrado de esa felicidad suprema por una especie de influencia magnética, sin poder adivinar la causa, y no sintió ya mas que el aguijon ardiente y terrible de los celos al mirar al principe, quien delante de él se atrevía á dar la mano y á sonreír á su idolo. Se precipitó de nuevo en pos de ellos, decidido á concluir de una vez con Jorge de Hannover; pero le contuvo el espectáculo que se ofreció ante su vista.

Como hemos dicho ya, el primer movimiento de la multitud había sido la sorpresa, el segundo fué el de manifestar á la princesa toda su admiracion, toda su simpatía, todo su afecto. En este sentido, las masas siempre son apasionadas. En seguida se alzaron millares de gritos; no se oían repetir en todas partes mas que estas palabras: «¡Viva la princesa de Hannover! viva Sofia-Dorotea! viva nuestra soberana!» Los hombres se quitaban los sombreros; las mujeres agitaban sus pañuelos; las ventanas se adornaban con colgaduras; los pobres, cuya madre era Sofia, se estrechaban entre la multitud é iban á besar el borde de su vestido.

Nunca había visto Hannover semejante triunfo, y el silencio terrible que rodeaba al nombre y á la persona del principe era la leccion mas severa que este podía recibir. Pálido, lívido, pero siempre risueño, Jorge era la imagen viva de la política caminando en medio de las naciones. En un momento dado, tres muchachas, tres hermanas, se adelantaron hácia la princesa y le presentaron un gran ramillete. Jorge les ofreció una joya: la rehusaron.... El principe continuó sonriendo. Una madre fué á presentar á Sofia un hermoso niño de pecho para que le besase, di-

ciendo que esto le acarrearía felicidad. Jorge quiso besarle á su vez; la madre retiró al niño; el príncipe continuó sonriendo. Por eso, cuando la puerta del palacio se hubo cerrado en pos de ambos príncipes, Koenigsmark, que no se había separado de ellos ni un solo paso, y que, al paso que saboreaba con embriaguez la ovación sin ejemplo de aquella mujer á quien adoraba, no había dejado un momento de observar al príncipe, dijo á Brawer:

—Karl, ven á buscar mi cartel de desafío para el príncipe; es preciso que en el día de mañana mate yo á ese hombre; pues si no, por la noche matará á Sofia.

La multitud continuaba gritando: «¡Viva la princesa!»

XI.

LA MANO CORTADA.

Había llegado, por fin, la tarde del día que había de ser decisivo en la vida de Felipe de Koenigsmark. En un gran salon de su morada se hallaban reunidos tres jóvenes en torno de un fuego bien alimentado. Eran Wurzen, Sturler y Reytel; todos tres oficiales del ejército hannoveriano, y á quienes vimos en el sitio de Debrezzin; tres amigos, aunque ninguno era confidente, á pesar de su nobleza, como lo era Karl Brawer, no obstante su humilde origen.

Acababan de comer, porque Felipe, que meditaba un desafío terrible para la proxima noche ó para el amanecer del día siguiente, segun la voluntad del príncipe lo señalase, creyó que debía ocultar su intento á los espías que le cercaban, valiéndose para ello de la presencia de extraños y del aparato ostensible del placer en su casa. Sin embargo, los tres jóvenes debían tardar muy poco en retirarse, pues su servicio exigía que á las siete se hallasen en el palacio del elector. El conde había tenido en cuenta esta circunstancia al elegir sus convidados, para no tener el trabajo de despedirlos, y á fin de que su partida en una hora mas avanzada no diese la alarma.

Solo faltaba, pues, matar una hora, espacio de tiempo breve para unos convidados indiferentes, pero mortal y largo para Koenigsmark, porque este esperaba; y en último término solo vislumbraba la vida ó la muerte, alternativa terrible á la que nada podía sustraerle mas que la marcha lenta del minuterio avanzando sobre la dorada esfera.

Uno de los indicios de la agitacion del alma es la agitacion del cuerpo. Como el hombre calenturiento se mueve incesantemente en su lecho y no puede hallar descanso en ninguna postura, el hombre á quien atormenta una pasion no puede permanecer sentado ni de pié: parecido á la fiera, da vueltas incesantemente en el angosto espacio en que le clavan la necesidad y las circunstancias, agitando cada objeto que se presente á su mano temblorosa, con el entrecejo fruncido, la boca crispada y la mirada colérica.

Era evidente que Koenigsmark aguardaba la hora de satisfacer alguna venganza ó algun odio terrible; y esa venganza, los oficiales conocían demasiado su objeto, pues aun se hallaba ocupada su mente con el recuerdo de las escenas singulares que habían perturbado á Hannover en el día anterior.

Sus tres convidados se habían callado al ver una seña leve de Mr. de Wurzen. Los tres miraban silenciosos á aquel hombre célebre y singular á quien tantas veces habían visto animar las fiestas con su sonrisa radiante y su admirable hermosura.

Ya aquellos tres hombres, menos poderosamente dotados que él; aquellos tres hombres nobles, jóvenes y ricos tambien, pero que, sin embargo, durante su carrera ordinaria debieron alzar una mirada de admiracion hácia Koenigsmark; aquellas tres estrellas que habían envidiado á aquel sol, se preguntaban silenciosamente cuán funestas y terribles serían las pasiones que agitaban el corazon de un sér tan colmado de dones por la fortuna, la hermosura, la nobleza y el amor.

Mr. de Wurzen, que estaba dotado de distinguido talento y conocia con mas intimidad á Felipe, profundamente conmovido al verle, alzó los ojos al cielo, como para pedirle la explicacion de aquel misterio. Su mirada tropezó con los retratos de los tres antepasados de Felipe, cuadros ovalados en los que Brawer había reproducido, copiadas de unos medallones auténticos, las facciones admirables de la familia de Koenigsmark. La vista de Wurzen se fijó como a pesar suyo en aquellas tres cabezas que contemplaban eternamente en silencio á su nieto, á su heredero. Una revelacion pasó como un relampago por delante de sus ojos; recordó todo lo que se decía acerca de aquella familia predestinada á tan singulares destinos. Estos recuerdos pasaron tan rapidos y ardientes por la mente de Wurzen, que casi á pesar suyo se vió arrastrado á interrumpir la sombría meditacion de Felipe por esta pregunta, que cuando menos, era inoportuna en aquel momento.

—¿Es cierto, Felipe, que todos vuestros antepasados han perecido por muerte violenta?

El conde se paró de improviso y se dejó caer en un sillón, sin que pareciese reparar en lo singular que era la pregunta del oficial, porque sin duda aquel lugubre recuerdo se hallaba en armonia con el estado de su alma.

—Si, si, dijo con melancolía, todos; es el destino de los Koenigsmark.

El heredero pareció que inclinaba la cabeza bajo el peso de aquella sucesion sangrienta; pero muy luego la levantó con varonil resolucion, y miró frente á frente á aquellos tres cuadros en que resplandecían las tres cabezas hermosas de sus antepasados.

—Ese, dijo señalando con el dedo á aquel cuyo traje era mas antiguo, ese caballero cubierto de hierro, fué el que dio su nombre á la familia y el que pintó nuestro blason: una espada delante de una corona en campo de sinople, y una mano cortada en campo de gules con esta divisa: *Die Martis Feries* (Herirás en el día de Marte).

—¿Y qué quiere decir el emblema? dijo uno de los jóvenes mostrándose curioso, como lo eran todos en aquella época, relativamente á todo lo heráldico.

—Quiere decir que un Koenigsmark que faltase a su palabra, ya no tendría derecho para llamarse Koenigsmark, cualquiera que fuese el hombre á quien se la hubiese dado. Ese, continuó el conde señalando de nuevo al retrato, no era mas que un simple caballero; pero tenia tan buena traza que el emperador le había tomado por escudero y compañero; era su mejor espada y su mejor con-ejero.

—Angel Felipe, le dijo un día, ¿me eres verdaderamente adicto?

—¿Qué hay que hacer? contestó sencillamente mi antepasado.

—Voy á decirte tres palabras que irás á repetir al elector de Sajonia, solo á él; pero necesito tu palabra de caballero, de que, aunque el papa desate tu juramento, no se las dirás á otros.

Angel Felipe se acercó al reclinatorio del emperador, y quitándose la manopla, estendió la mano sobre la Biblia y dijo: «¡Lo juro!» Angel partió; tenia que atrevesar la Alemania entera. Fué, hizo su mensaje; pero al volver fué cogido en Nuremberg por los bávaros. Sabían que era el confidente del emperador: le ofrecieron títulos, honores, dinero, todo cuanto puede tentar al corazon humano, para que hiciese traicion á su amo. El emperador estaba entonces escomulgado. El arzobispo de Maguncia fué á buscarle con gran pompa, le condujo delante del altar, y le libró de su juramento delante de la Santa Hostia. Angel calló. Entonces le aplicaron el tormento; no era mas que simple caballero, y no se anduvieron en consideraciones con él: Angel ni siquiera gritó. Sus jueces furiosos redoblaron sus esfuerzos, y ni siquiera se detuvieron ante la muerte. Le llevaron á la plaza pública, y allí, delante de todo el pueblo, le cortaron la mano y la cabeza como fautor y cómplice de un escomulgado. Al día siguiente, el elector de Sajonia sorprendió la ciudad y

entró en ella por la fuerza. Encontró el cuerpo de Angel Felipe, que todavia estaba espuesto: entonces mandó recoger la mano cortada, aquella mano leal que había prestado un juramento tan fielmente cumplido; la mandó embalsamar y se la envió al emperador.

Felipe se levantó entonces y se dirigió á una arca de madera de roble cubierta de cerraduras de acero cincelado; la abrió lentamente, y sacando de entre sus joyas una cajita forrada de terciopelo encarnado, enseñó á los jóvenes conmovidos una mano embalsamada y disecada á la manera de las momias egipcias.

—Hé ahí esa mano, dijo con respetuosa emocion; esa mano sangrienta que el emperador regó con sus lágrimas y colocó en nuestro escudo sobre un fondo rojo con las tres palabras que Angel Felipe había ido á llevar al elector de Sajonia: *Die Martis Feries*: Herirás en el día de Marte. ¡Ay Dios! en el día de Marte el mensajero no era ya mas que un cadáver. El emperador quiso tambien que el hijo de Angel se llamase *Koenigsmark*, el marqués del rey, y que llevase en sus armas la espada desenvainada delante de la corona que tan bien había defendido; emblema parlante de lealtad y de la fé guardada. Hé ahí, amigos míos, por qué nunca ha mentido un Koenigsmark; hé ahí por qué nunca ha faltado un Koenigsmark á su palabra, aunque se la haya dado á un judío ó á un pagano. La misma iglesia no puede librarle de cumplirla.

Un silencio profundo sucedió á tan triste narracion: todos tenían la vista fija en aquella mano magnífica y santa reliquia de una lealtad sublime.

—Hé ahí cómo fué muerto en un cadalso el primer Koenigsmark por no hacer traicion á su amo, repuso lentamente el conde; el segundo sucumbió en un campo de batalla por no huir, un día en que sus lansqueaetes, sobrecogidos de pánico terror, cejaron ante los Turcos; el tercero se ahogó en un naufragio por querer salvar á dos niños. Lealtad, valor, humanidad, hé ahí el fin de mis padres; á mi solo me resta perecer por.....

—¡El amor! dijo una voz grave en el umbral de la puerta.

Todos se volvieron con sorpresa, y vieron á Karl Brawer que había entrado silenciosamente durante el fin de aquella escena. Se adelantó hácia ellos, y sin decir una palabra mas, les tendió gravemente la mano y movió la cabeza mirando al conde. Los jóvenes comprendieron entonces que el pintor llevaba una gran noticia, y aunque todavia no era la hora de que entrasen de servicio, se abrocharon los cinturones y salieron, dejando á los dos amigos. Pero se hallaban tan impresionados por aquella escena, que Wurzen, acercándose á Koenigsmark, no pudo menos de tenderle la mano y decirle:

—Si necesitais este brazo, Felipe, no faltando á mi honor y mi deber, es enteramente vuestro.

Y siguió á sus amigos sin aguardar la respuesta.

—Veamos, dijo el conde precipitadamente á Karl, ¿ha aceptado el príncipe Jorge mi reto?

—No, contestó tranquilamente el pintor.

—¡Cobarde!

—Por el contrario, sus razones me han parecido bastante convincentes.

—¿A tí? á tí, que eres mi amigo? á tí, Brawer, que eres la lealtad y el valor consumados?

—A mí, continuó Karl, imperturbablemente, á mi mismo. «Caballero, me ha dicho el príncipe, consiento en no discutir con el padrino de Mr. de Koenigsmark, convertido en príncipe de Halmstadt, por la gracia de S. M. sueca, la igualdad que podría existir entre él y un príncipe como yo, hijo de un elector, heredero de Hannover y quizás de otros reinos. Consiento en callar acerca de eso, aunque, en concepto mio, la primera condicion para un desafío entre dos hombres, es que ninguno de ellos tenga mas que perder que el otro. —Es una cuenta de números y no un motivo de honra lo que me estais esponiendo, monseñor,» le contesté. El príncipe Jorge, que como sabes suele estar muy colorado, se puso pálido y livido; pero en seguida se repuso y prosiguió con grave

acento: «Es una razón de estado; comprendo muy bien que nada tenga que hacer un artista con las leyes de la política. Por lo demás, nada importa: pasemos adelante. Confesaréis que no existiendo ya la causa de un desafío, este se convierte en una locura.» Luego, haciéndome una seña, me condujo al salón grande del palacio del elector, en donde me indicó una puerta y se separó de mí pronunciando tan solo estas palabras: —«Mirad é id á referir al conde de Koenigsmark lo que vais á ver.»

—¿Y qué visteis! exclamó el conde anheloso.

—Toda la corte de Hannover se hallaba reunida vestida de gala: el elector, su mujer, el príncipe Jorge, y por último vuestra adorable Sofia de Tell estaban sentados alrededor de una mesa, junto á la cual se hallaba colocado el gran canciller de Hannover con traje encarnado, asistido por dos magistrados y un obispo, que creo era el de Osnabruck. Algunos momentos despues de la entrada del príncipe, el gran canciller se puso á leer los documentos que estaban delante de él, y por los cuales el elector, fundándose en diferentes motivos y en el consentimiento de ambas partes, declaraban á los dos esposos, Jorge de Hannover y Sofia-Dorotea de Tell, separados religiosa y legalmente, y libres ya para vivir en lo sucesivo cada uno por su parte, bajo la prohibición formal de contraer nuevo matrimonio.

—Sofia libre! exclamó Felipe con un arrebato de júbilo.

Despues de la lectura del documento, el príncipe se levantó, se acercó á la mesa, apoyó una mano en su corazón, y dijo con tono hipócrita:

—«¡En mi alma y conciencia tomo á Dios por testigo de que solo lleno de desconsuelo y dolor pes como me separo de mi esposa, la princesa Sofia-Dorotea de Tell!» Y en seguida firmó. La princesa se levantó entonces; un relámpago de cólera habia brillado en sus ojos al oír el aserto ridiculo y acusador de Jorge de Hannover. Pareció que vacilaba un momento antes de inclinarse sobre el contrato. Creí que alguna palabra terrible iba á exhalarse de sus labios temblorosos y desdeñosos. Pero su alma grande recobró todo su dominio, é inclinándose con un ademán lleno de gracia, S. A. firmó á su vez aquel documento que rompía para siempre unos vinculos fatales y aborrecidos.

Toda esta última parte de la narración habia sido escuchada, ó mas bien devorada con avidez por el conde. Los sentimientos mas diferentes le habian agitado alternativamente, segun las peripecias de aquella historia. Al oír el nombre de Jorge de Hannover, su hermoso y puro semblante se habia descompuesto, y el odio aplicó á él por un instante la máscara terrible y vengativa de aquella familia heroica y feroz. Pero el nombre de Sofia-Dorotea restituyó la serenidad á su alma, como un rayo de sol vivifica la tierra, y cuando el pintor calló, Felipe, radiante y risueño, vislumbraba en el porvenir toda una perspectiva de felicidad y de alegría, en vez del abismo en que creía haber caído.

—¿Pero por qué milagro ha sucedido todo eso? preguntó al fin.

—¿No lo adivinas?

—No.

—¿No adivinas que habiendo muerto el Duque de Tell, y siendo su heredera la princesa, el príncipe Jorge no tiene interés alguno en conservarla por mujer?

—Como, la princesa habrá....

—Cedido el principado de Tell por el amor, por la libertad. Sí, Felipe, y sin vacilar. ¡Oh! solo las mujeres y los artistas pueden comprender y llevar á cabo esos tratos régios!

El conde quedó como abrumado por esta revelación. Por muy grande, violento y profundo que fuese su amor hacia la princesa Sofia-Dorotea, por muy seguro que estuviese de que era correspondido, por muy apasionado que se hallase por el noble carácter y singular elevación de aquella mujer, aun no la creía capaz de tal sacrificio.

Bajar de un trono, hollar con sus plantas dos coronas sin remordimiento ni lucha, hacerlo como ella lo habia verificado por sí misma, de un solo

impulso, sin consultar siquiera á aquel amante que era el objeto de su abnegación; llevar á cabo aquella caída del trono como si fuese un deber, mas aun, como una felicidad, era uno de esos heroismos del amor, que la historia repite con sorpresa, que la poesia canta con sus melodias mas dulces, que la crónica refiere al cabo de siglos, en los palacios y las cabañas, como un ejemplo sorprendente, admirable y santo.

Si, todavía sucede esto en el dia, y junto á esos nombres de los grandes enamorados, que la memoria de los hombres coloca al lado del recuerdo de los grandes ambiciosos y de los grandes conquistadores, junto á los nombres de Julia y de Ovidio, de Abelardo y Eloisa, de Julieta y Romeo, de Francesca y de Ugo, de Lara y de un paje, el eco de los siglos repite todavía el de Sofia-Dorotea de Tell y Felipe de Koenigsmark.

Y si todavía sucede esto ahora que los torrentes del tiempo han pasado por encima de los pavimentos de mármol de los palacios de Hannover para borrar el polvo de sus pasos y las huellas de sus lágrimas, ¡cuán grande debió ser el raptio de ventura y de júbilo con que Felipe acogió aquel sacrificio puro y sublime que se elevaba cual un perfume hacia su corazón! con qué orgullo debió considerarse como uno de los actores de aquel drama heroico y triste que todavía arranca lágrimas en la actualidad!

Las horas trascurrieron con rapidez en aquella conversación. El conde preguntaba incesantemente á Karl que le refiriese los mas mínimos pormenores de la escena que acababa de presenciarse, los gestos, el sonido de voz, las miradas y hasta el traje de la mujer amada, sin poderse saciar con los recuerdos de aquella soledad en que una princesa acababa de sacrificarse por él publicamente y de una manera tan completa, porque la Europa entera conocia ya la historia de sus amores caballerescos.

Eran cerca de las nueve cuando los dos amigos terminaban su conversación.

—¿Segun eso, la princesa exige que yo marche á Sajonia? decía Koenigsmark con impaciencia.

—¿Te deja alguna duda esta esquila que Margarita ha recibido para mí?

—¡Es verdad! repuso el conde devorando por centésima vez la esquila escrita apresuradamente por la princesa, y que solo contenia estas palabras:

«Marchad esta misma noche. Que ni una sola sospecha recaiga sobre nosotros. Adios, hasta que muy pronto nos veamos en Sajonia y seamos felices! S. D.»

—¿Y no tiene mil razones la princesa? Está libre, es verdad; ¿pero no tiene que defender y salvar su honra? ¿Qué dirian si la viesen salir de Hannover con el caballero que saben que la adora? La separación podria convertirse en un divorcio ó en mas aun: de seguro, Felipe, que por todos lados nos rodean lazos y emboscadas; hay espías hasta al pie de las tapias de nuestras casas. Es preciso obedecer, es preciso marchar en esta misma noche. Tened paciencia todavía durante algunas semanas, y lograréis veros reunidos para siempre. ¿Qué es eso cuando se ha estado esperando durante años enteros?

—¡Reunidos para siempre! repitió Koenigsmark, cuyo rostro se iluminó con este pensamiento.

Cediendo al fin á aquellas razones poderosas que le convencian, dió un golpe en un timbre.

Arnhetter entró.

—Vas á marchar sin dilación á la abadía de Quedlemburgo, le dijo el conde; advertirás á mi hermana Aurora y á su hijo Mauricio que en esta misma noche llegaré yo allá. Toma, esta joya hara que te conozcan y den crédito á tus palabras.

Y sacándose una sortija del dedo, se la entregó á Arnhetter.

El soldado se inclinó y se dispuso á salir.

—Aguarda un momento, dijo el conde; ¡diablo! serias capaz de hacerme correr así veinte y cinco leguas sin respirar. Te detendrás en la casita de Gemser, ya sabes, aquella en que paramos en nuestro último viaje.

Koenigsmark fué á abrir un cajon y sacó de él una llave.

—Era un pre-entimiento, dijo á Brawer; cuando la princesa estuvo para salir de Hannover, pedí á mi hermana que me permitiese disponer de esa casa. Es un antiguo descanso de caza que depende de la abadía de Quedlemburgo, muy bien edificado, por supuesto, porque allí era á donde el elector Federico iba á cortejar á sus numerosas amadas. Es un sitio perfecto, perdido como un nido en medio del bosque, y situado precisamente en la frontera sajona, á cinco leguas de la abadía. Ya verás, es delicioso, encantador. Arnhetter, nos aguardarás allí con caballos, porque á los nuestros les costaría mucho trabajo ir mas lejos; hay veinte leguas de aquí á Sajonia.

—Muy bien, dijo Brawer, piensas en todo. ¡Lo que es haber guereado! Sin embargo, pido que se me permita hacer una advertencia.

—Veámosla, maese Karl, dijo el conde dándole un golpecito en el hombro.

—Como al llegar allí estaremos estenuados, Arnhetter, cuidaréis de prepararnos un buen fuego, buena luz, y veréis si la despensa de la abadía os permite poner en el arzon de los caballos alguna colación no muy frugal.

—¡Ah! bebedor sempiterno! repuso el conde.

—¿Qué quieres, amigo mio? Yo no estoy enamorado, y si tengo el corazón tranquilo, de eo tener lo mismo el estómago. Hago esta campaña como mero aficionado.

—Y añade sin temor, querido y buen amigo, repuso el conde, que la haces como fiel y valiente compañero.

Cuando Arnhetter hubo recibido así sus órdenes, saludó y desapareció. Un momento despues se le oyó alejarse, y los dos amigos se disponian á hacer otro tanto, con el alma alegre, por fin, uno por ver su amor tan próximo á lograrse, el otro por saber que su amigo quedaba libre de un peligro tan grande y prolongado, cuando un criado entró á anunciar á Koenigsmark que una señora desconocida y cubierta con un velo acababa de llegar en una litera y deseaba hablarle sin tardanza.

El corazón del conde latió con violencia al oír esta noticia. Iba á gritar un nombre; pero Brawer le puso la mano en la boca, y empujándole hácia la puerta, le recordó la realidad con esta sola frase:

—¡No puede ser ella!

XII.

EL INSTINTO DEL CORAZON.

Cuando Felipe entró en la sala inmediata, halló de pie, y aguardándole con impaciencia, á una mujer jóven, de elevada estatura, envuelta en una gran capa que parecia haber perdido prestada á algun caballero de su comitiva.

Felipe se inclinó profundamente delante de la desconocida, observando, con sorpresa, que aquella capa cubria un espléndido traje de corte, como los que solo suelen llevarse á los bailes ó á las grandes ceremonias. Desde el traje alzó la vista al ancho sombrero echado á la cara; pero en aquel momento se le quitó la jóven y ofreció á las miradas del conde gozoso una de las cabezas mas deliciosas que aquel siglo venturoso ha podido conservarnos en el lienzo.

—Soy la canonesa de Carlsbad, dijo con dulzura á la hermosa desconocida, dejando caer aquel nombre como un eco vibrante de amor, de dolores y de gloria.

La hermosa amada del marqués de Torcy se hallaba entonces en todo el esplendor de su belleza, en todo el lleno de la esperanza de su juventud, de las ilusiones de su porvenir.

—En efecto, contestó Koenigsmark inclinándose de nuevo, no hay en el mundo mas persona que la canonesa de Carlsbad, en quien la princesa Sofia-Dorotea pudiese confiar.

La hermosa jóven le tendió su mano en la que el conde estampó un beso.

—Gracias, señor conde, por haber adivinado de ese modo el encargo que vengo á cumplir

aquí. ¡Ay de mí! quisiera tener que anunciaros mejores noticias.

El conde se puso muy pálido. Presintió una nueva tormenta que iba a destruir sus sueños de ventura.

— ¡Le ha sucedido alguna desgracia a la princesa! exclamó con el corazón oprimido por una ansiedad cruel.

— Una gran desgracia.

— ¿Le ha dado muerte el príncipe?

— Tranquilizaos, no es su vida la que peligra.

— Entonces es.....

— ¡Su libertad!

— ¡Prisionera! ¡La princesa de Brunswick prisionera! ¡Oh! hablad, señora, hablad!

— Sin duda sabréis que yo también pertenezco a la familia de Hannover.

— Si señora, por vuestra madre la princesa Maria-Dorothea.

— Con ese título fué como me quedé al lado de mi padre el conde de La Gardie, cuando toda la corte se hubo retirado despues de la lectura de ese documento que sin duda conocéis.

— ¿El acto de divorcio?

— Justamente. Cuando solo quedaron ya parientes del elector, el padre del príncipe Jorge dijo a vuestra amada: — «Señora, entre las condiciones que habeis impuesto a nuestro hijo, hay una que debíamos aceptar y que hemos guardado: la relativa a vuestra honra. Nuestro nombre, el vuestro y el de vuestros hijos está puro de toda mancha publica, lavado de todo escandalo; pero en cuanto a vuestra incalificable exigencia de separaros de nosotros, de ir a vivir a donde mejor os parezca, supongo que no abrigaréis la esperanza de que yo consienta en ello en tiempo alguno.»

— ¡Oh! miserables, miserables! murmuró Koenigsmark.

— ¡Pobre mujer! dijo la canonesa sin poder contener sus lagrimas: yo no la conocia; pero aun cuando su historia no hubiese enternecido cien veces nuestros corazones, su hermoso y pálido rostro espresando la sorpresa, el estupor y el espanto, me hubiera hecho ser para siempre su amiga fiel.

— ¡Oh, señorita! exclamó Felipe con doloroso entusiasmo, ¡razon tiene toda Europa al repetir que sois un ángel!

La hermosa canonesa se ruborizó, porque a toda mujer la hubiera envanecido tal homenaje, tributado por tal hombre; pero sin duda un recuerdo doloroso pasó por su mente, porque de su pecho se exhaló un hondo suspiro.

— Ella si que es un ángel, repuso la jóven con dulzura; no podia creer en tanta perfidia: hay almas tan superiores a ciertas bajezas que las niegan aun en el momento en que son victimas de ellas.....

— Pero si me habeis dado vuestra palabra! exclamó creyendo invocar el honor de un príncipe. — No habeis de honor, le dijo severamente el elector, y no nos bagais recordar.....

— ¿Qué habeis de recordar? dijo la princesa con altivez: ¿que os he comprado mi libertad con la cesion de Tell? que me habeis robado mi ducado?»

— ¡Ah! esa es ella! exclamó Felipe.

— ¿Qué mas os diré? repuso Mlle. de Carlsbad; fué preciso sucumbir. Luchó mientras tuvo fuerzas, valor y dignidad; luchó sola contra esa familia que la prodigaba insultos y ultrajes. Luego cuando se vió vencida, cuando el elector le hubo anunciado que en esta misma noche seria trasladada al castillo de Alden, en donde se la encerraria para el resto de su vida.....

— ¡Oh! exclamó Felipe lanzando un ruido y precipitándose hácia una panoplia, de la que arrancó un puñal.

— ¿Qué haceis? le dijo la canonesa.

— Voy a matar al príncipe Jorge, si es todavia bastante valiente para batirse; a asesinarle, si es bastante cobarde para tener miedo.

— ¡Criatura! dijo Mlle. de Carlsbad apoyando su linda mano en aquel brazo poderoso como para desarmarle, ¿creéis que penetraréis tan facilmente en el palacio electoral?.... Todas las puertas están bien guardadas; todos los servidores de

la princesa se hallan presos: Hannover, que la saludaba con gritos de entusiasmo hace algunas horas, se halla ocupada como una plaza de guerra. Se ha necesitado un verdadero milagro para que yo me encontrase allí; ha sido necesario un disfraz para poder venir aquí, ¿y quién sabe si me habran seguido, aunque nadie ignora que en toda mi vida no he hablado una sola vez a la princesa?»

— En efecto, repuso Koenigsmark a quien todas estas noticias aterraban: ¿cómo habeis podido?.....

— De una manera muy sencilla, señor conde. Yo sabia vuestra historia, ya os lo he dicho. Cuando la pobre princesa se vió perdida, dirigió en torno suyo una mirada, solo una, pero igual a la que debe lanzar el nadador a quien el mar va a sepultar y que procura ver tierra en el horizonte: la mirada de Leandro buscando la luz de Hero. Aquella mirada se encontró con la mia.

— Y entonces..... dijo el conde con el corazón oprimido.

— Entonces me hice a mi misma el juramento de intentar todo lo humanamente posible para salvar a aquella infeliz que me llamaba en auxilio suyo.

— ¡Oh! su mirada, su dulce mirada! dijo el conde conmovido.

— Nada podia yo hacer por mi sola; no habia mas que un solo ser en el mundo que pudiese socorrer y salvar a la princesa: ese sois vos. Hé ahí porque me hallo en vuestra casa, caballero; comprendí la espresion de sus ojos, que querian decir: «¿No habra alguien en el mundo que vaya a anunciar al conde de Koenigsmark lo que quieren hacer con Sofia-Dorothea?» Por eso he venido.

En aquel momento, Felipe dobló lentamente una rodilla delante de la canonesa, y cogiendo su mano, sin que ella pudiese oponerse, le dijo:

— En cualquier sitio del mundo en que necesitéis de un hombre dispuesto a morir, haced una seña, señora, que Felipe de Koenigsmark estará pronto, y un Koenigsmark nunca ha faltado a su palabra.

Entonces sintió Mlle. de Carlsbad su mano inundada de lagrimas: aquella emocion santa la contagió; no pudo corresponder a tan solemne juramento mas que estrechando la mano leal que acababa de hacersele.

Pero aquel enternecimiento fué de breve duracion. Koenigsmark se levantó: habia desaparecido de su rostro toda huella de dolor y de abatimiento, y a la canonesa la sorprendió el aspecto de resolucion y de arrebató con que exclamó:

— ¡Es preciso salvar a la princesa!

Luego, dando un paso hácia la puerta, exclamó:

— Señora, ¡quereis permitirme que tenga la honra de introducir aquí a un amigo mio, al que me es absolutamente indispensable para llevar a cabo tal proyecto! El titulo con el cual os le presentaré será el de confidente, que la princesa Sofia habia tenido a bien conceder al valiente y leal Karl Brawer.

— El nombre del pintor Karl Brawer ha llegado hasta nosotros en Suecia, señor conde; por lo demás, vuestra palabra hubiera bastado. Sea muy bien venido.

Cinco minutos despues estaban los tres meditando el medio de salvar a la infortunada Sofia-Dorothea de la prision perpétua.

— Puesto que en esta misma noche la conducen al castillo de Alden, es preciso verificar el rapto sin tardanza; no veo otro medio, dijo Karl.

— ¿Robarla en el camino? dijo la canonesa.

— ¿Preferis aguardar que esté encerrada entre los muros de Alden, que es una de las ciudades las mas fuertes de Alemania?

— Pero llevará escolta.

— Mas pronto se derriban hombres que murallas.

— Según eso, lo que proyectais es un combate?

— Será lo que Dios quiera, con tal que concluya con una victoria.

— Pero vosotros dos solos no podeis vencer a tanta gente.

— ¿Quién os dice que serán tan numerosos? Los caminos de Hannover están seguros, y lo que menos esperen, será un rapto a mano armada en pleno siglo XVIII.

— Eso mismo es lo que le hace ser mas peligroso.

— Eso ha de ser lo que nos facilite el triunfo. Lo imposible nos salvará. Escogerémos algunos ginetes.

— Cuidado con los traidores.

— Es verdad, dijo Karl; Arnheitter se ha marchado, Dietrich está preso: ¿qué harémos?

El conde se habia quedado pensativo; miraba un mapa de Hannover colgado de la pared. En el momento en que Karl vacilaba, dijo:

— Respondo de todo.

— ¿Cómo así? dijeron ambos interlocutores.

— Para ir de Hannover a Alden, hé aquí el camino que hay que seguir, dijo poniendo el dedo en el mapa: este camino le conozco, en él he hecho veinte veces la guerra de partidas con mis drabanes. Aquí hay bosques estensos con alturas indicadas, ¿verdad?

— Si.

— Pues bien; aquí dos hombres determinados vencerian facilmente a otros veinte, y yo respondo de que no hay en el mundo dos hombres mas dispuestos a sacrificarse que el valiente Karl Brawer y yo.

— Es una locura.

— ¡Perseverarémos hasta la muerte!

— Pero una vez robada la princesa, ¿que haréis con ella? dijo Mlle. de Carlsbad.

Koenigsmark reflexionó un instante.

— La casualidad, ó mas bien la Providencia, está en favor nuestro, repuso: en esta misma noche debémos marchar a Sajonia; mi buen servidor Arnheitter ha ido delante para hacer preparar relevos de posta en el camino de la abadía de Quedlemburgo, del que es priora mi hermana la condesa Aurora de Koenigsmark. La abadía de Quedlemburgo es un convento de mujeres nobles; allí es donde podrá retirarse la princesa Sofia hasta que haya apelado al emperador.

— Pues que Dios os ayude, valerosos jóvenes, dijo Mlle. de Carlsbad levantándose; que salgais con bien de vuestra empresa, porque teneis en favor vuestro la justicia, el amor y la fé. En cuanto a mí, voy a tratar de serviros todavia procurando participar a la princesa el proyecto de sus nobles defensores.

Luego, viendo que Koenigsmark se disponia a acompañarla, se envolvió en su capa, se echó a la cara su ancho sombrero, y dijo:

— No vengais, nuestro traje verde y blanco es harto conocido en Hannover.

El conde se inclinó profundamente, besándole la mano, y dijo en voz muy baja:

— Si yo no fuese el conde de Koenigsmark, desearia ser el marqués de Torcy.

Un vivo rubor lió la frente y las mejillas de la canonesa; pero una sonrisa muy dulce manifestó al propio tiempo a Felipe que le agradecia hubiese pronunciado el nombre de su amante.

— Hasta la vista, dijo la canonesa.

— En este mundo ó en el otro, contestó el conde.

La canonesa desapareció.

— ¡Qué amor! pensaba al subir en su litera. ¿Seré yo amada de ese modo?

Presentimiento triste y harto verdadero.

XIII.

DOS Y UNO SON TRES.

Quando el conde y Karl hubieron visto a Mlle. de Carlsbad alejarse con rapidez, volvieron a subir al salon en donde habian preparado aquel plan de campaña decisivo, y se apresuraron a proveerse de armas. Karl queria hacer que Koenigsmark se quitase aquel traje verde y blanco de su familia bajo el cual era conocido en todo el ejército; pero urgia el tiempo en tal manera, que Felipe apenas tuvo el suficiente para ponerse una coraza de bufalo y escoger entre sus mejores armas una espada pequeña

de Damasco, ligera como una pluma, flexible como una caña y fuerte como una barra de hierro, que Carlos Juan, su abuelo, había arrebatado á un almirante turco muerto por su mano. Dos pares de pistolas bien cargadas, completaron el armamento de los dos amigos, y un cuarto de hora despues de la salida de la canonesa montaban en dos caballos fuertes y fogosos del Mecklemburgo, y galopaban con rapidez en direccion al camino de Alden.

Al cabo de una hora de marcha llegaron á la encrucijada indicada á la canonesa, en donde debia colocarse la emboscada; pero antes de adoptar sus disposiciones resolvieron examinar una vez mas aquellos parajes.

El camino que sale de Hannover y se dirige á Sajonia, está rodeado de bosques en toda la primera parte de su estension. Aquellos bosques, en los cuales hay esplanadas bastante grandes y aun tierras labradas, forman parte de la gran selva de Bippenberg, del que una porcion considerable pertenecia en aquella época á la corona electoral. Por un cataclismo, semejante sin duda al que ha labrado tan profundamente el bosque de Fontainebleau, masas de piedra considerables salen á flor del suelo en la mayor parte del bosque y forman intrincados laberintos, profundas grietas, hondos precipicios, caminos hundidos en los recodos de un gran número de alamedas verdes y tranquilas, que en la perspectiva parece que conducen á moradas de reposo, cuando solo van á parar á terribles abismos.

El claro del bosque en que acababan de apostarse nuestros dos atrevidos ginetes, pertenecia á este último género. El ancho camino se dividia exactamente en aquel sitio, formando por un lado el ramal que conducia á Alden, y por el otro el que se dirigia á Sajonia. Así pues, el puesto estaba admirablemente escogido, porque una vez robada la princesa, se encontraban en el camino que les conducia al territorio de un rey protector.

Pero aquel empalme aparecia súbitamente en el camino despues de un recodo rápido. Una aglomeracion gigantesca de los trozos de granito de que hemos hablado, formaban una especie de contrafuerte que se adelantaba en punta como un cabo en medio de un océano de verdor. Los enormes fragmentos de rocas destrozadas que le componian, se hallaban sobrepuestos por escalones. Sus enlaces eran tan numerosos y vastos que, en ciertas circunstancias dos partidas hubieran podido esconderse una al lado de otra sin verse mutuamente.

En torno de aquel promontorio inmenso circulaban los dos caminos: uno á la derecha y otro á la izquierda. El de la derecha conducia á Alden, el de la izquierda á Sajonia; pero el de Alden, ceñido por dos montañas cortadas perpendicularmente, se estrechaba en tal manera, que apenas hubieran podido pasar por él tres ginetes de frente. Con esto habia contado Koenigsmark.

Cuando ambos jóvenes hubieron llegado al recodo, desde el cual se podia ver el sitio escogido, se detuvieron como hemos dicho, y contemplaron el espectáculo imponente y magnífico de los rayos de la luna reflejándose en el granito de color de rosa, y en las profundidades de la inmóvil enramada.

—Hé ahí un sitio admirable, dijo Karl que veia aquel paraje por primera vez: diez hombres podrian hacer frente á un ejército con tal que tuviesen un solo cañon.

En efecto, la garganta que desembocaba en frente del promontorio, era tan angosta que un cañon habria bastado para destrozar durante horas enteras á cuantos imprudentes se hubiesen atrevido á aventurarse en ella.

—Sin cañon, respondo yo de hacer que el principe Jorge vuelva la espalda, repuso Koenigsmark, aun cuando traiga consigo todo el ejército hannoveriano.

Dicho esto, picó espuelas, y seguido por Karl se trasladó á un grupo de rocas que tenian salida al camino de Alden y al de Sajonia.

—Aquí es, dijo echando pié á tierra.

—Está bien, mi general, dijo Brawer imitando.

Hicieron que sus caballos entrasen por la brecha natural, los escondieron en la sombra proyectada por las rocas, y sentándose ambos en dos peñascos con la brida sujeta al brazo, aguardaron con paciencia á que llegase el momento del combate, conversando acerca del pasado y de lo porvenir.

—Hace tres años, dia por dia, decia el conde, que me hallaba en Versalles; era el aniversario del natalicio de la duquesa de Borgoña; era una fiesta hermosa, y la que mas le agradaba al gran rey S. M. Luis XIV. Habia comedia en todos los salones, juegos de aguas en todos los jardines, ninfas y tritones de mármol en todas las fuentes, y millares de condesas, marquesas, duquesas, etc., con escuderos, galanes y amantes en todos los cenadores y enramadas de la espléndida residencia de Versalles.

—¿A qué diablos piensas ahora en esa fiesta? murmuró Karl embozándose en su capa, porque sentia frio.

—Por mera comparacion, querido amigo.... ¿Qué es esto! exclamó Felipe; no, nada, el viento que silba entre las piedras y parece el paso de muchos caballos.... Por mera comparacion, te decia, me hallaba vestido con un calzon azul celeste, una chupa de tisú de plata, una casaca tambien azul celeste, adornada con plata afiligranada, cuyos broches y modelos habia mandado llevar de Génova, en donde trabajan ese género como en ninguna parte del mundo.

—¿Ira de Dios! dijo Karl, me haces estremecer solo con la idea de tu traje azul celeste y tus adornos de filigrana en medio de una noche de invierno.

—¿Cuerpo de Cristo! esta vez no me equivoco, son pasos de caballos. ¡A montar, Karl, y pronto!

Brawer no contestó; pero se oyó el ruido de las espadas que salian de las vainas y de las pistolas que se apresuraban á montar.

La unica desventaja que ofrecia la emboscada escogida por nuestros dos campeones, era que, si no podian ser vistos, tampoco ellos podian ver á los que llegaran sino cuando se hallasen á doscientos pasos de distancia, y esto por razon de lo angosto de la garganta y del recodo que formaba el camino.

Así pues, solo á tan corta distancia fué donde los dos caballeros vieron desembocar al pequeño grupo que se adelantaba hácia ellos á rienda suelta. Brawer, lleno de impaciencia, clavaba ya la espuela á su caballo; pero Felipe, que era hombre de guerra, tan prudente como valeroso, contuvo con mano fuerte á su caballo, que se hallaba próximo á arrancar.

—¿Nada de locura, Brawer! murmuró en voz baja: ¿estás delirando? esa no es nuestra gente.

Este breve momento de vacilacion bastó para permitir que el grupo pasase por delante de ellos como un relámpago. Se componia de cuatro ginetes, de los cuales uno era mucho mas pequeño que todos los demás, é iba un poco mas adelante. Se internaron sin vacilar en el camino que conducia á Sajonia, y al pasar por delante de los dos hombres que no sabian se hallaban escondidos allí; el mayor dijo algunas palabras, á las que el pequeño contestó en tono de autoridad.

—Continuemos, que bien sabe el camino y nos alcanzará.

Y pasaron como un torbellino.

—Yo conozco esa voz, dijo Brawer con viveza.

—Y yo tambien, replicó Koenigsmark; pero el viento me ha impedido que la oiga bien.

—¿Vayan al diablo! si se dirigen á Sajonia, nada tenemos que hacer con ellos, volvamos á nuestro puesto.

Al decir esto, Brawer pasaba ya la pierna por encima de la grupa de la silla para desmontar, cuando Koenigsmark le detuvo por segunda vez: resonaba de nuevo en la garganta el ruido de un caballo lanzado á rienda suelta.

El ginete desembocó al cabo de un segundo; pero en vez de pasar con la misma rapidez que los primeros, vaciló como un hombre que no sabe bien el camino, como un batidor que tiene miedo, ó como un espía que busca algo. Así pues,

se detuvo de pronto en la encrucijada, reflexionando acerca del camino que habrian tomado los otros, y de este modo se encontró exactamente en frente de los dos ginetes emboscados.

La luna daba de lleno en su semblante; pero este se hallaba oculto por un ancho sombrero; sin embargo, un movimiento que hizo, levantó sin duda el ala, porque Brawer vió de improviso al conde lanzarse á galope, gritándole: «¡Carga!» Karl le siguió con toda la rapidez posible; pero el desconocido, sorprendido, se hallaba ya derribado en el suelo y sujeto por la mano fuerte de Koenigsmark.

—¿Der teufel! no me ahogueis así, que me rindo, gritó el desconocido con voz anhelosa.

Koenigsmark se levantó entonces y permitió al vencido que hiciese otro tanto: un semblante harto conocido apareció de improviso ante la vista de Brawer, quien no pudo menos de exclamar.

—¿El capitán Bilderdyck!

—¿Debemos darle muerte? preguntó lacónicamente el conde, quien mantenía la punta de su espada en el pecho del buen capitán.

—Allá veremos, dijo el pintor, quien acababa de apoderarse del caballo sin ginete que procuraba escaparse: ante todo que se espique.

—Eso se llama hablar con juicio, dijo Bilderdyck, quien temió que le despachasen sin mas formacion de causa.

—¿Cállate! dijo el conde con rudeza.

—¿Cállate!.... habla!.... escoged de una vez, ó mas bien dejadme obrar, que conozco las leyes de la guerra. El vencido es quien paga, y os pagaré un rescate que valdrá mucho mas que mi pellejo.

—¿Insolente! exclamó Felipe, quien se figuró que queria hablar de dinero, ¡guarda para tus iguales, vil espía, el dinero con que te ha asalariado el infame Jorge de Hannover, y ve á precederle al infierno!

—Aguardad un momento, conde, por favor! dijo Brawer, quien adivinaba otra cosa en las palabras del bandido, dejadme que le conteste en su lenguaje. ¡Veamos tu rescate, picaro!

—Pero, ¿sabeis contar?

—¡Ah! volvió á exclamar Koenigsmark, quien se impacientaba.

—Páreceme que no, replicó el bandido haciendo alarde de mucha audacia; cuando se quiere robar á una princesa....

—¿Y qué te hace suponer que queremos robar á la princesa? repuso Brawer con viveza.

El capitán se contentó con señalar silenciosamente con el dedo al sitio en que se hallaban, á los dos caminos y al cielo, como para invocar á todos aquellos testigos mudos de la veracidad de su aserto.

(Se continuará.)

LOS TRAMPEROS DEL ARKANSAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

Por M. GUSTAVE AIMARD.

TRADUCIDA

Por D. J. F. SAENZ DE URRACA.

(Continuacion.— Véase el núm. 44.)

El médico se inclinó de mala gana, pues era evidente que no le halagaba mucho aquella atencion.

—¿Qué desea V.? preguntó; ¿está V. enfermo?

—¿Yo no, gracias á Dios! pero si un amigo de V., que en este momento es prisionero mio, y por lo tanto va V. á seguirme.

—Pero.... comenzó á decir el médico.

—No admito disculpas: sígame V., ó de lo contrario le levanto la tapa de los sesos. Por lo demás, tranquilícese, que mi gente le guardará todas las consideraciones á que tiene derecho la ciencia.

Como no habia resistencia posible, el pobre hombre se resignó de buen grado, y aun tanto que, durante un segundo, vagó por sus labios

una sonrisa, que habria dado mucho en que pensar al pirata, si hubiese podido verla.

El capitán mandó al médico que caminase delante de él, y ambos se dirigieron al río.

En el momento en que abandonaron el sitio en que acababan de tener la anterior conversacion, las ramas de un arbusto se apartaron con precaucion, apareció una cabeza afeitada y que solo conservaba en su parte superior un largo mechón de cabellos en el cual estaba hincada una pluma; luego aparecieron dos brazos y luego el cuerpo entero de un hombre, que saltó como un jaguar y se precipitó en seguimiento de los dos interlocutores.

Aquel hombre era Cabeza de Aguila.

Asistió silencioso al embarque de los dos blancos, los vió entrar en la gruta, y luego desapareció á su vez, en la espesura del bosque, despues de haber murmurado en voz baja la palabra ¡oh! (bueno), que es la expresion suprema de júbilo en el lenguaje de los Comanches.

El doctor habia servido simplemente de cebo para atraer al pirata y hacerle caer en el lazo tendido por el jefe indio.

Ahora bien; ¿se hallaba el digno médico de acuerdo con Cabeza de Aguila? Muy pronto lo sabremos.

Al amanecer del dia siguiente, el pirata mandó hacer una batida general en los alrededores de la gruta.

No existia pista alguna.

El capitán se restregó las manos lleno de placer, su expedicion lograba doble buen éxito; puesto que habia conseguido entrar en la cueva sin que le siguiesen.

Seguro ya de que nada tenia que temer, quiso conservar á su lado á tantos hombres ociosos, y colocando provisionalmente su partida bajo las órdenes de Franck, antiguo bandido aguerrido, en el cual tenia completa confianza, solo conservó á su lado diez hombres resueltos, y mandó fuera á los demás.

Aunque el asunto que á la sazón estaba arreglando era en extremo interesante, y su buen éxito le parecia seguro, no queria descuidar, empero, sus demás ocupaciones y alimentar en la pereza á veinte bandidos que, de un momento á otro, impulsados por la ociosidad, podian jugarle una mala pasada.

Como se ve, el capitán no solo era un hombre prudente, sino que además conocia á fondo á sus dignos asociados.

Cuando los piratas hubieron salido de la gruta, el capitán hizo una seña al doctor para que le siguiese, y le condujo al lado del general.

Despues de haberlos presentado uno á otro con las irónicas atenciones que le eran habituales, el bandido no dejó solos y se retiró. Pero antes de alejarse, sacó una pistola del cinto y apoyándola en el pecho del sábio le dijo:

— Aunque está V. medio loco; como á pesar de eso podria ocurrirsele la idea de hacerme traicion, conserve V. esto bien en la memoria, mi buen señor: al mas mínimo paso equivoco que le vea á V. intentar, le levanto la tapa de los sesos. Ya está V. avisado, ahora obre como mejor le parezca.

Y volviendo á colocar la pistola en su cinto, se retiró.

El doctor escuchó aquella amonestacion con semblante contrito, pero con una sonrisa burlesca, que, á pesar suyo, arqueó sus labios. Afortunadamente el capitán no lo vió.

El general y su negro Júpiter se hallaban relegados en una sala bastante lejana de la entrada de la gruta.

Estaban solos.

El capitán habia juzgado inútil ponerles centinelas de vista.

Sentados ambos sobre un monton de hojas secas, con la cabeza inclinada y los brazos cruzados, reflexionaban profundamente.

Al ver al médico, el rostro sombrío del general se iluminó con fugaz sonrisa de esperanza.

— ¿Tambien os hallais aquí, doctor? le dijo tendiéndole una mano que este estrechó silenciosamente; ¿debo regocijarme ó entristecerme por vuestra presencia?

— ¿Estamos solos? repuso el médico sin contestar á la pregunta del general,

— Creo que sí, dijo este sorprendido; en todo caso, fácil es cerciorarnos de ello.

El doctor anduvo por todos lados registrando cuidadosamente hasta el mas mínimo rincón, y por fin volvió al lado de los prisioneros.

— Podemos hablar, dijo.

El sábio se hallaba por lo general tan absorto en sus cálculos científicos, era de suyo tan distraído, que los prisioneros tenian en él muy poca confianza.

— ¿Y mi sobrina? preguntó el general con inquietud.

— Tranquílcese V., que está segura al lado de un cazador llamado Corazon Leal, quien la profesa el mas profundo respeto.

El general lanzó un suspiro de satisfaccion, pues aquella buena noticia le restituia todo su valor.

— ¡Oh! dijo, ¡qué me importa ahora estar prisionero! Puesto que mi sobrina se ha salvado, puedo sufrirlo todo!

— ¡No, no! dijo el doctor con viveza; al contrario, es preciso que de aquí á mañana se escape V. á toda costa!

— ¿Por qué?

— Contésteme V. primero.

— Corriente.

— Las heridas de V. me parecen bastante leves y están próximas á curarse.

— En efecto.

— ¿Crée V. hallarse en disposicion de andar?

— ¡Oh, sí!

— Entendámonos; quiero decir si se halla V. en disposicion de hacer una marcha larga.

— Creo que sí, sobre todo si hay una necesidad absoluta.

— ¡Eh! eh! dijo el negro, que hasta aquel momento habia permanecido silencioso, ¿no soy yo bastante fuerte para llevar á mi amo, si no pudiese andar?

El general le estrechó la mano.

— ¡Es verdad! dijo el médico. Entonces todo va bien, solo que es preciso que verifiquen VV. su evasion.

— Eso es lo que mas deseo; pero ¿cómo hemos de hacerlo?

— ¡Ah! he ahí la dificultad, dijo el médico rascándose la frente, ¡el cómo no lo sé yo! Pero descuide V., que yo encontraré un medio, aunque ignoro cual sea.

Oyóse un ruido de pasos, y apareció el capitán.

— ¿Qué tal? preguntó: ¿cómo van los enfermos.

— No muy bien, contestó el doctor.

— ¡Bah! repuso el pirata, todo eso se arreglará; por lo demás, el general estará libre muy pronto, y entonces podra cuidarse como quiera. Vamos, venga V. doctor, espero que le he dejado hablar bastante tiempo con su amigo.

El médico le siguió sin contestar, despues de haber hecho al general una seña postrera para encargarle que tuviese prudencia.

Trascurrió el dia sin incidente alguno.

Los prisioneros aguardaban la noche con impaciencia; la confianza del doctor habia influido mucho en ellos y tenian esperanza.

Por la noche apareció de nuevo el digno médico. Caminaba con seguro paso, su rostro estaba radiante de júbilo, y llevaba en la mano una hacha encendida.

— ¿Qué tiene V., doctor? le preguntó el general, le encuentro muy gozoso.

— Lo estoy, -en efecto, mi general, contestó sonriendo, porque he encontrado el medio de que se escapen VV., y yo tambien, por supuesto!

— ¿Y ese medio?....

— Está ya casi ejecutado, dijo con una risita seca que le era peculiar cuando estaba satisfecho.

— ¿Qué quiere V. decir?

— ¡Pardiez! una cosa muy sencilla; pero que nunca podria V. adivinar: todos nuestros bandidos están durmiendo, y somos dueños de la cueva.

— ¿Es posible?.... ¿pero y si despiertan?

— En cuanto á eso, esté V. tranquilo; despertarán, sin duda alguna; pero no antes de seis horas, por lo menos.

— ¿Cómo así?

Porque me he encargado yo mismo de darles sueño; es decir, cuando han cenado, les he administrado una cantidad de opio, que les ha hecho caer como masas inertes, y desde entonces están roncando á mas y mejor.

— ¡Oh! eso es magnífico! exclamó el general.

— ¿Verdad que sí? dijo el médico con modestia; ¡qué diablo! he querido reparar el daño que causé á VV. por mi descuido! Yo no soy soldado, sino un pobre médico, y me he servido de mis armas; ya ve V. que en ciertas ocasiones valen tanto como otras.

— ¡Valen cien veces mas, doctor! es V. un hombre incomparable.

— Vamos, vamos, no perdamos tiempo.

— ¡Es verdad, sí, marchemos!... pero... ¿y el capitán? qué ha hecho V. de él?

— ¡Ah! en cuanto á ese, ni el diablo que sepa donde está. Despues de comer se marchó sin decir una palabra á nadie; pero me sospecho el sitio á donde habrá ido, y ó mucho me engaño, ó hemos de verle muy pronto.

— En fin, todo va bien, partamos.

Los tres hombres se pusieron en marcha. No obstante el medio empleado por el doctor, el general y el negro tenian cierta inquietud.

Llegaron á la sala en que dormian profundamente los bandidos, tendidos en los rincones y á lo largo de las paredes.

Los fugitivos pasaron.

Cuando llegaron á la salida de la gruta, en el momento en que iban á echar al agua la balsa para pasar el río, á la pálida claridad de la luna vieron otra balsa montada por unos quince hombres que se dirigia lentamente hacia donde ellos estaban.

¡Tenian cortada la retirada!

¿Cómo habian de oponer resistencia á un número tan considerable de adversarios?

— ¡Fatalidad! murmuró el general lleno de desesperacion.

— ¡Oh! exclamó el médico con lastimero acento: ¡un plan de fuga que tanto me habia costado concebir y preparar!....

Los fugitivos se escondieron precipitadamente en un hueco de la roca con el fin de no ser vistos, y aguardaron con el corazon palpitante á que se verificase el desembarque de los quince hombres, cuyas maniobras les parecian cada vez mas sospechosas.

LA LEY DE LAS PRADERAS.

Un espacio considerable de terreno, situado delante de la entrada de la gruta habitada por Corazon Leal, habia sido desembarazado de todos sus árboles, piedras y demás obstáculos, y allí se habian levantado ciento cincuenta ó doscientas chozas.

La tribu entera de los Comanches acampaba en aquel sitio.

Cazadores, tramperos y guerreros Pielas Rojas se entendian á las mil maravillas.

En medio de aquella aldea improvisada, en la que las chozas de pieles de bisonte pintadas de diferentes colores se hallaban alineadas con cierta simetria, una de mas estension que las demás, adornada con cabelleras humanas, clavadas en largas perchas, y en la que de continuo mantenian encendida una gran hoguera, servia de choza del consejo.

Reinaba en la aldea la mayor animacion.

Los guerreros indios estaban pintados y armados de pies á cabeza, como si se dispusiesen á marchar al combate.

Los cazadores se habian puesto sus mejores trajes, y habian limpiado con el mayor esmero todas sus armas, de las que acaso pensaban servirse muy pronto.

Los caballos, completamente enjaezados, estaban trabados, preparados para ser montados, y custodiados por unos diez guerreros.

A los Pielas Rojas y á los cazadores se les veia ir y venir con aspecto preocupado y afanoso.

¡Cosa rara y casi desusada entre los Indios! De trecho en trecho había centinelas apostados para avisar la llegada de alguna persona á quien se aguardaba.

En fin, todo daba margen á creer que se disponía una de esas ceremonias que solo se ven en las praderas.

Pero ¡cosa singular! Corazon Leal, Cabeza de Aguila y el Alce Negro se hallaban ausentes.

Solo Buenhumor vigilaba los preparativos que se hacían, y conversaba con el anciano jefe de los Comanches, llamado *Eksis* ó el Sol.

Pero su rostro se mostraba severo, su frente meditabunda, y parecía que se hallaban en estremo preocupados.

Era el día señalado por el capitán de los piratas para que le fuese entregada doña Luz.

¿Se atrevería el capitán á ir, ó sería su proposición únicamente una fanfarronada?

Los que conocían al pirata, y eran los que formaban el mayor número, puesto que todos habían sufrido sus depredaciones, se inclinaban á la afirmativa.

Aquel hombre se hallaba dotado de un valor feroz y de una voluntad de hierro; por lo demás, estas eran las únicas cualidades notables que se le conocían.

Cuando había afirmado que haría una cosa, la ejecutaba, fuera como quisiera.

Y luego, ¿qué podía temer al ir por segunda vez en medio de sus enemigos? no tenía en su poder al general, cuya vida respondía de la suya? Sabían perfectamente que el pirata no vacilaría en sacrificarle á su seguridad.

Eran próximamente las ocho de la mañana; un sol resplandeciente derramaba profusamente sus brillantes rayos sobre el cuadro que hemos intentado describir.

Doña Luz salía de la gruta apoyada en el brazo de la madre de Corazon Leal y seguida de Eusebio.

Las dos mujeres estaban tristes y pálidas; sus facciones alteradas y sus ojos encarnados mostraban que habían llorado.

Buenhumor, tan luego como las vió, se adelantó hácia ellas y las saludó.

—¿No ha vuelto aun mi hijo? preguntó la anciana con inquietud.

—Todavía no, contestó el cazador; pero tranquilícese V., señora, que no puede tardar en llegar.

—¡Dios mío! no sé por qué; pero se me figura que ha de estar detenido lejos de nosotros por algun suceso desagradable.

—No señora, lo sabría yo á estas horas. Cuando me separé anoche de él con el fin de tranquilizar á V. y hacer ejecutar las órdenes que me dió, se hallaba en una situación excelente; así, pues, créame V., tranquilícese, y sobre todo tenga confianza.

—¡Ay Dios! murmuró la pobre mujer, hace ya veinte años que estoy viviendo en continua ansiedad; cada noche temo no ver á mi hijo al día siguiente. ¡Dios mío! ¿no os apiadaréis de mí?

—Seréne V., señora, le dijo afectuosamente doña Luz besándola, ¡oh! lo siento aquí, en mi corazón: si el hijo de V. corre algun peligro en este momento, es por salvar á mi pobre tío. ¡Dios mío! añadió con fervor, ¡haced que triunfe!

—Pronto se aclarará todo, señoras, fien VV. en mí, que ya saben no he de querer engañarlas.

—Sí, dijo la anciana, es V. bueno, quiere mucho á mi hijo, y no estaría V. aquí si hubiese que temer algun peligro.

—Me juzga V. bien, señora, y le doy las gracias: en este momento nada puedo decir; pero suplico á V. tenga un poco de paciencia; bástele saber que ahora está trabajando para procurar la felicidad de esta señorita.

—¡Oh, sí! dijo la madre, ¡siempre bueno, siempre afectuoso!

—Por eso le han denominado Corazon Leal, murmuró la jóven ruborizándose.

—Y nunca se dió nombre mas merecido, señora, dijo el cazador con acento de convicción. Es preciso haber vivido mucho tiempo con él,

conocerle como yo le conozco, para saber apreciarle bien.

—Doy á V. gracias á mi vez, Buenhumor, por lo que dice de mi hijo, contestó la anciana estrechando la mano callosa del cazador.

Solo digo la verdad, señora, soy justo y nada mas. ¡Oh! algo mejor se estaría en las praderas, si todos los cazadores se pareciesen á él.

—¡Dios mío! pasa el tiempo: ¿no acabará de llegar? murmuró mirando en torno suyo la anciana con febril impaciencia.

—Muy pronto vendrá, señora.

—¡Quiero ser la primera que le vea y le salude cuando venga!

—Desgraciadamente, eso es imposible.

—¿Por qué?

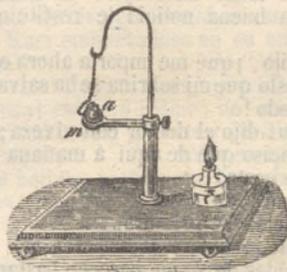


Fig. 1.ª

—El hijo de V. me ha encargado la ruego, así como á la señora, que se retiren á la gruta; desea que no asistan VV. á la escena que va á tener lugar aquí.

—Pero ¿cómo sabré si se ha salvado mi tío? dijo doña Luz con ansiedad.

—Tranquilícese V., señorita, que no permanecerá mucho tiempo en la inquietud; pero ruego á VV. que no se estén aquí mas tiempo: ¡retírense! retírense!

—Acaso sea mejor eso, observó la anciana; obedecemos, querida mía, añadió dirigiendo una sonrisa á la jóven; retirémonos, puesto que mi hijo lo exige.

Doña Luz la siguió sin resistencia; pero dirigiendo detras de sí miradas furtivas para tratar de ver al hombre á quien amaba.

—¡Qué felicidad es tener una madre! murmuró Buenhumor ahogando un suspiro y siguiendo con la vista á las dos mujeres que desaparecían en la entrada de la gruta.

De pronto los centinelas indios lanzaron un grito que fué repetido inmediatamente por un hombre colocado delante de la choza del consejo.

Al oír los jefes comanches esta señal, se levantaron y salieron de la choza en que se hallaban reunidos.

Los cazadores y los guerreros indios cogieron sus armas, formaron á cada lado de la gruta, y aguardaron.

Una nube de polvo rodaba con estremada rapidez en direccion al campamento.

La nube se disipó muy pronto y dejó ver á una partida de ginetes que llegaban á escape tendido.

Aquellos ginetes, en su mayor parte, llevaban el traje de los *gambusinos* mejicanos.

A la cabeza de la partida iba caracoleando en un caballo magnífico, negro como la noche, un hombre al que todos conocieron al instante.

Era el capitán Ouaktehno que iba audazmente al frente de su partida á reclamar la ejecución del trato odioso que habia impuesto tres días antes.

Por lo general, en las praderas, cuando se encuentran dos partidas de gente armada, ó cuando guerreros ó cazadores visitan una aldea, suelen ejecutar una especie de evoluciones, precipitándose á la carrera unos contra otros, gritando y haciendo disparos de fusil.

Esta vez nada se hizo.

Los Comanches y los cazadores permanecieron serios y silenciosos, aguardando sin moverse la llegada de los piratas.

Este recibimiento frio y seco no causó sorpresa

al capitán; aunque su entrecejo se frunció levemente, hizo como que no reparaba en tal descortesía y entró intrépidamente en la aldea al frente de su tropa.

Cuando los veinte ginetes llegaron en frente de los jefes formados junto á la choza del consejo, se pararon súbitamente cual si hubiesen quedado convertidos en estatuas de bronce.

Esta maniobra atrevida fué ejecutada con una destreza tal, que los cazadores inteligentes en equitación, reprimieron con dificultad un grito de admiración.

Apenas se hubieron parado los piratas, cuando las filas de los cazadores y de los guerreros colocados á derecha é izquierda de la choza, se desplegaron en forma de abanico y se cerraron detras de ellos.

Merced á este movimiento, ejecutado con increíble presteza, los veinte piratas se encontraron encerrados en un círculo formado por mas de quinientos hombres bien armados y perfectamente montados.

El capitán sintió un estremecimiento de inquietud al ver aquella maniobra, y casi se arrepiñó de haber ido allí; pero dominando su involuntaria emoción, se sonrió con desden; creía como cosa segura que nada tenia que temer.

Saludó con indiferencia á los jefes colocados delante de él, y dirigiéndose á Buenhumor con voz firme, le dijo:

—¿Dónde está la jóven?

—No sé lo que quiere V. decir, contestó el cazador en tono irónico; no creo que haya aqui jóven alguna sobre la cual tenga V. derechos de ningun género.

—¿Qué significa eso? qué pasa aqui? murmuró el capitán dirigiendo en derredor suyo una mirada de desconfianza. ¿Ha olvidado Corazon Leal la visita que le hice?

—Corazon Leal nunca olvida nada, dijo Buenhumor con voz firme; pero ahora no se trata de él: ¿cómo ha tenido V. la audacia de presentarse entre nosotros al frente de un puñado de bandidos.

—¡Bien! dijo el capitán con tono de burla, veo que solo quiere V. contestarme con evasivas. En cuanto á la amenaza que encierra la última parte de la frase, me cuidó muy poco de ella.

—Hace V. mal, porque ya que ha cometido V. la imprudencia de entregarse por sí mismo en nuestras manos, le advierto que no serémos tan tontos que vayamos á dejarle escaparse.

—¡Oh! oh! dijo el pirata: ¿qué juego estamos jugando?

—Va V. á saberlo.

—Ya escucho, dijo el pirata dirigiendo en torno suyo una mirada provocativa.

—En estos desiertos en los que todas las leyes humanas callan, repuso el cazador con voz vibrante, solo debe regir la ley de Dios; esa ley, ya lo sabe V., dice: «Ojo por ojo, diente por diente.»

—¿Qué mas? repuso el pirata con tono seco.

—De dos años á esta parte, continuó Buenhumor impassiblemente, al frente de una partida de bandidos sin fé ni ley, ha llegado V. á ser el terror de las praderas, saqueando y asesinando á los blancos y á los indios, porque V. no pertenece á pais alguno; el robo y la rapiña son su única regla, y ya sean viajeros, tramperos, cazadores, gambusinos ó indios, á nadie respeta V. si el asesinato puede producirle un poco de oro. Hace muy pocos días, tomó V. por asalto el campamento de unos viajeros mejicanos pacíficos, y los asesinó sin compasión. Esa carrera de crímenes habia de tener un término, y este ha llegado por fin. Todos nosotros, indios y cazadores, nos hemos reunido aqui para juzgarle y aplicarle la ley implacable de las praderas.

—¡Ojo por ojo, diente por diente! gritaron los circunstantes blandiendo sus armas.

—Se equivocan VV. grandemente, señores míos, contestó el pirata con perfecto aplomo; si creen que yo tenderé pacíficamente mi cuello al cuchillo como una ternera que conducen al matadero; me sospechaba lo que esta sucediendo, y por eso vengo tan bien acompañado. Traigo conmigo veinte hombres resueltos, que sabrán de-

fenderse, y aun no nos tienen VV. en su poder.
—Mire V. en torno suyo, y vea lo que puede hacer.

—El pirata miró y vió que quinientas carabinas estaban apuntando á su gente.

Un estremecimiento recorrió todos sus miembros, una palidez mortal cubrió su rostro, y el pirata comprendió que se hallaba en un peligro terrible; pero despues de un instante de reflexion recobró toda su sangre fria, y dirigiéndose al cazador contestó con voz burlesca:

—¡Vamos! ¿A qué vienen todas esas amenazas que no pueden asustarme? Sabe V. perfectamente que estoy resguardado de todos sus golpes. Como V. mismo lo ha dicho, hace algunos dias que atacé á unos viajeros mejicanos; ¡pero no ignora V. que el mas importante de todos ellos cayó en mi poder! ¡Que toquen á un solo cabello mio, y el general, el tío de la jóven que en vano quiere V. negarse á entregarme, pagará inmediatamente con su vida el insulto que se me haga. Así pues, créanme VV., señores, dejen de continuar tratando de asustarme; entréguenme de buen grado la mujer que vengo á pedirles, ó ¡juro á Dios que dentro de pocas horas habrá dejado de existir el general!

De improviso, un hombre hendió la multitud, y colocándose delante del pirata le dijo:

—¡Se engaña V., el general está libre!

Aquel hombre era Corazon Leal.

Un estremecimiento de júbilo circuló por las filas de los cazadores y de los indios, mientras que otro de terror agitaba á los piratas.

XIV.

EL GASTIGO.

El general y sus dos compañeros no habian permanecido mucho en la incertidumbre.

La balsa, despues de ejecutar los que la montaban algunas maniobras que denotaban su precaucion y sus vacilaciones, atracó por fin á la orilla, y unos quince hombres, con las carabinas preparadas y montadas, se precipitaron dentro de la gruta lanzando fuertes gritos.

Los fugitivos les salieron al encuentro llenos de alegría.

Habian conocido al frente del grupo á Corazon Leal, al jefe de los Comanches y al Alce Negro. Hé aquí lo que habia ocurrido.

Tan luego como el doctor hubo entrado en la gruta en pos del capitán, Cabeza de Aguila, seguro ya de haber descubierto la guarida de los piratas, fué á reunirse con sus amigos, á quienes participó el éxito de su estratagemá. Buen humor marchó á buscar á Corazon Leal, quien acudió presuroso; resolvieron todos de acuerdo atacar á los bandidos en su madriguera, mientras que otros destacamentos de cazadores y de guerreros indios, diseminados por la pradera y ocultos entre las rocas, vigilarian los alrededores de la gruta para impedir que se escapasen los piratas.

Ya hemos visto el resultado de aquella expedicion.

Despues de haberse consagrado por entero en el primer momento al júbilo y al placer de haber triunfado sin disparar un tiro, el general advirtió á sus libertadores que unos diez bandidos estaban durmiendo en la gruta, bajo la influencia del narcótico que les habia administrado el valeroso doctor.

Ataron fuertemente á los piratas y se los llevaron consigo; luego, llamando á los diferentes destacamentos, toda la tropa emprendió de nuevo á galope el camino del campamento.

Grande fué la sorpresa del capitán al oír la exclamacion de Corazon Leal; pero esta sorpresa se convirtió en espanto cuando vió aparecer al general, á quien creia tan bien custodiado por su gente.

Comprendió que todas sus medidas habian sido contrareastadas, todos sus calculos frustrados, y que se hallaba ya perdido sin remedio.

Un torrente de sangre se le subió á la garganta; sus ojos lanzaron relampagos de furor, y volviólose hácia Corazon Leal, le dijo con voz ronca y entrecortada

—¡Bien manejado! pero aun no ha concluido todo entre nosotros, y ¡vive Dios! que obtendré mi revancha!

Hizo un gesto como para lanzar su caballo á galope.

Pero Corazon Leal le detuvo resueltamente de la brida.

—Aun no hemos concluido, le dijo.

El pirata le miró un instante con los ojos inyectados en sangre, y con voz colérica, y refrenando violentamente su caballo para obligar al cazador á soltarle, preguntó.

—¿Qué me quiere V.?

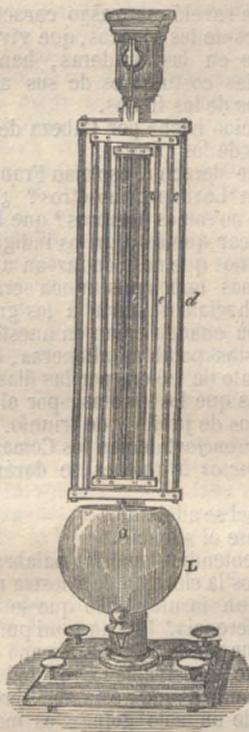


Fig. 2.

Corazon Leal, merced á su puño de acero, sujetó al caballo que se encabritaba furioso.

—Está V. juzgado y sentenciado, repuso, y van á aplicarle la ley de las praderas.

El pirata lanzó un rujido terrible, y sacando sus pistolas del cinto gritó con rabia:

—¡Desgraciado el que me toque!.... ¡Abridme paso!

—No, contestó el cazador impasible: está V. bien cogido, señor mio, y hoy no logrará en manera alguna escaparse.

—¡Pues entonces lucha á muerte! exclamó el pirata asestando el cañon de una pistola á Corazon Leal.

Pero Buen humor, que observaba con ansiedad todos sus movimientos, mas rápido que el pensamiento se arrojó delante de su amigo con una celeridad centuplicada por la gravedad de la situacion.

El tiro salió. La bala hirió al canadense, que cayó bañado en su sangre.

—¡Uno! gritó el pirata con una risa feroz.

—¡Dos! dijo Cabeza de Aguila lanzando un ahullido, y de un salto parecido al de una pantera, se arrojó sobre el caballo del pirata.

Antes de que el capitán pudiese hacer un movimiento para defenderse, el indio le cogió con la mano izquierda su larga cabellera, de la que formó un manajo, y le echó bruscamente la cabeza hácia atrás.

—¡Maldicion! exclamó el pirata procurando inútilmente desembarazarse de su enemigo.

Entonces sucedió una cosa que dejó helados de espanto á todos los espectadores.

El caballo, cuyas riendas habia soltado Corazon Leal, entregado á si mismo, furioso por los sacudimientos que habia recibido y por el doble peso que se le imponia, se lanzó á galope, ciego de cólera, rompiendo y derribando en su insen-

sata carrera todos los obstáculos que se oponian á su paso.

Pero continuaban adheridos y sujetos á su cuerpo los otros hombres que pugnaban por matarse uno á otro, y que se retorcian sobre el lomo del animal asustado como si fuesen dos serpientes.

Segun hemos dicho, Cabeza de Aguila habia echado hácia atrás la cabeza del pirata; le apoyó una rodilla en los riñones; lanzó su terrible grito de guerra, y blandió su cuchillo con un gesto aterrador, en torno de la frente de su enemigo.

—¡Mátame, miserable! gritó el pirata, y con un movimiento brusco alzó su mano izquierda, armada todavia con una pistola, é hizo fuego; pero la bala se perdió en el espacio.

El jefe comanche miró fijamente al capitán.

—¡Eres un cobarde! dijo con desprecio, y una vieja que tiene miedo á la muerte!

Al mismo tiempo que sujetaba fuertemente al bandido con la rodilla, le clavó el cuchillo en el cráneo.

El capitán lanzó un grito desgarrador, que se mezcló con un ahullido de triunfo del indio.

El caballo tropezó en una raiz y cayó: los dos enemigos rodaron por el suelo.

Solo uno se levantó.

Fué el jefe comanche que agitaba en el aire la cabellera ensangrentada del pirata.

Sin embargo, este no habia muerto. Medio loco de rabia y de furor, cegado por la sangre que le caía sobre las heridas, se levantó y se precipitó sobre su adversario, que no aguardaba tal ataque.

Entonces, enlazados uno con otro, procuraron derribarse y clavarse el cuchillo con que estaban armados.

Varios cazadores se precipitaron sobre ellos para separarlos.

Cuando llegaron todo habia concluido.

El capitán estaba tendido en el suelo, con el cuchillo de Cabeza de Aguila clavado en el corazon.

Los piratas, rodeados y amenazados por los cazadores blancos y los guerreros indios, intentaron una resistencia imposible.

Cuando Franek vió caer á su capitán, declaró en nombre de sus compañeros que se entregaban.

A una seña hecha por Corazon Leal tiraron sus armas y fueron atados.

Buen humor, el valeroso canadense cuya abnegacion salvó la vida de su amigo, habia recibido una herida grave, pero que afortunadamente no era mortal. Se apresuraron á levantarle y á conducirlo á la gruta, en donde la madre del cazador le prodigaba solícitos cuidados.

Cabeza de Aguila se acercó á Corazon Leal quien permanecía pensativo y sombrío, apoyado en un árbol.

—Los jefes están reunidos en torno del fuego del consejo, le dijo y aguardan á mi hermano.

—Sigo á mi hermano, contestó lacónicamente el cazador.

Cuando los hombres entraron en la choza, estaban reunidos todos los jefes: entre ellos se hallaban el general, el Alce Negro y algunos otros cazadores.

La pipa de paz fué llevada al centro del círculo por el porta-pipa; se inclinó con respeto hácia los cuatro puntos cardinales, y en seguida, presentó sucesivamente el largo tubo á cada uno de los jefes.

Cuando la pipa hubo dado vuelta al círculo, el porta-pipa vació la ceniza en el fuego, murmurando algunas palabras místicas, y se retiró.

Entonces, el anciano jefe denominado el Sol se levantó; y despues de haber saludado á los miembros del consejo, dijo:

—Jefes y guerreros, escuchad las palabras que exhala mi pecho y que el dueño de la vida ha puesto en mi corazon. ¿Qué pensais hacer con los veinte prisioneros que se hallan en vuestro poder? ¿Los soltaréis para que continúen su vida de asesinatos y de rapiñas, para que se apoderen de vuestras mujeres, roben vuestros caballos y maten á vuestros hermanos? ¿Los conduciréis á las aldeas de piedra de los grandes corazones blancos del Este? El camino es largo,

está sembrado de peligros, lleno de montañas y de ríos de rápida corriente: los prisioneros pueden escaparse durante ese viaje, sorprenderos en medio de vuestro sueño y asesinaros. Y luego ya lo sabéis, guerreros: cuando lleguen a las aldeas de piedra, los cuchillos largos los soltarán, pues no existe justicia para los hombres rojos. No, guerreros; el dueño de la vida, que por fin ha puesto en nuestro poder a esos hombres feroces, quiere que mueran. Ha señalado el término de sus crímenes. Cuando en nuestro camino encontramos a un jaguar ó un oso gris, le damos muerte: esos hombres son mas crueles que los jaguares y los osos grises; deben dar cuenta de la sangre que han derramado, ojo por ojo, diente por diente. Así pues, que sean atados al poste de los tormentos. Echo un *turbo* (collar) de *wumpums* encarnados en el consejo. ¿He hablado bien, hombres poderosos?

Después de pronunciar estas palabras el anciano jefe, volvió a sentarse. Hubo un momento de silencio solemne. Era evidente que todos los circunstantes participaban de su opinion.

Corazon Leal aguardó durante algunos minutos; vió que nadie se disponia a contestar al discurso del Sol, y entonces se levantó y tomó la palabra.

—Jefes y guerreros comanches, y vosotros, cazadores blancos, hermanos míos, dijo con voz dulce y triste: las palabras pronunciadas por el venerable *Sachem* son justas: desgraciadamente la seguridad de las praderas exige la muerte de nuestros prisioneros. Esa medida es terrible, y sin embargo, nos vemos obligados a recurrir a ella si queremos disfrutar en paz el fruto de nuestros rudos trabajos. Pero si nos vemos obligados a aplicar la ley implacable del desierto, no nos mostremos bárbaros por mero placer; castigemos, puesto que es necesario, indispensable; pero hagámoslo como hombres de corazon, y no como hombres crueles. Manifiestemos a esos bandidos que hacemos justicia; que al darles muerte, no es a nosotros a quienes vengamos, sino a la sociedad entera. Además, su jefe, el mas culpable de todos ellos, ha sucumbido bajo los golpes de Cabeza de Aguila: seamos clementes sin dejar de ser justos. Dejémosles que elijan ellos mismos su muerte. Nada de suplicio inútil. El dueño de la vida nos sonreirá y quedará contento de sus hijos rojos, a quienes concederá carcerias abundantes. He dicho. ¿He hablado bien, hombres poderosos (1)?

Los individuos del consejo habian escuchado atentamente las palabras del joven. Los jefes se habian sonreído con benevolencia al ver los nobles sentimientos que manifestaba, porque todos, indios y tramperos, le querian y le respetaban.

Cabeza de Aguila se levantó.

—Mí hermano, Corazon Leal, ha hablado bien, dijo: cuenta pocos años de edad; pero su sabiduría es grande. Nos felicitamos de hallar ocasion propicia para probarle nuestra amistad, y nos apresuramos a aprovecharla. Harémos lo que desea.

—¡Gracias, contestó Corazon Leal con efusion, gracias, hermanos míos! La nacion comancha es noble y grande, la profeso cariño y me considero muy feliz con que me haya adoptado.

Se levantó la sesion del consejo, y los jefes salieron de la choza.

Los prisioneros reunidos en un grupo, estaban custodiados con esquisita vigilancia por un destacamento de guerreros.

El pregonero reunió a todos los individuos de la tribu y a los cazadores diseminados por la aldea.

Cuando todos estuvieron congregados, Cabeza de Aguila tomó la palabra, y dirigiéndose a los piratas, les dijo:

—Perros de los rostros pálidos, el consejo de los grandes jefes de la poderosa nacion comancha, cuyos estensos territorios de caza cubren una gran parte de la tierra, ha decidido acerca de vuestra suerte. Después de haber vivido como

fieras, procurad no morir como viejas timidas; sed valientes, y quizás entonces se apiadará de vosotros el dueño de la vida y os recibirá después de vuestra muerte en el *eskennane*, ese sitio de delicias en donde cazan durante la eternidad los valientes que han mirado frente a frente a la muerte.

—Estamos dispuestos, contestó Franck impasiblemente, atádnos al poste, inventad los tormentos mas espantosos, que no nos veréis ponernos pálidos.

—Nuestro hermano Corazon Leal, continuó el jefe, ha intercedido por vosotros. No seréis atados al poste: los jefes os dejan la eleccion de vuestra muerte.

Entonces se reveló ese rasgo característico de las costumbres de los blancos, que viviendo hace mucho tiempo en las praderas, han concluido por renegar las costumbres de sus antepasados para tomar las de los Indios.

La proposicion hecha por Cabeza de Aguila hirió el orgullo de los piratas.

—¿Con qué derecho, esclamo Franck, intercede Corazon Leal por nosotros? ¿Crée, por ventura, que no somos hombres? que los tormentos podrán sacar quejas ó gritos indignos de nosotros? ¡No! no! que nos conduzcan al suplicio; que el que nos imponga nunca será tan cruel como el que hacíamos sufrir a los guerreros de vuestra nacion cuando caian en nuestras manos.

Al oirse estas palabras altaneras, circuló un estremecimiento de cólera por las filas de los indios, mientras que los piratas, por el contrario, lanzaban gritos de júbilo y de triunfo.

—¡Perros! conejos! decian los Comanches, son verdaderas viejas a quienes se darán sayas y ruelas.

Corazon Leal se adelantó.

Restablecióse el silencio.

—Habeis entendido mal las palabras del jefe, dijo. Al dejaros la eleccion de vuestra muerte, no se os infiere un insulto, sino que se os da una prueba de deferencia. Hé aqui mi puñal: os van a desatar; ¡que pase el arma de mano en mano y que se separe sucesivamente en todos vuestros pechos! El hombre que, estando libre se mata sin vacilar, de un solo golpe, es mas valiente que aquel que, atado al poste del tormento y no pudiendo soportar el dolor, insulta a su verdugo a fin de recibir una muerte pronta.

Una aclamacion inmensa acogió estas palabras del cazador.

Los piratas se consultaron un momento con la vista, y luego todos ellos, con un movimiento espontáneo, se santiguaron y gritaron a una voz:

—¡Aceptamos!

(Se continuará).

CURSO FAMILIAR DE LITERATURA

POR LAMARTINE.

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR

D. EDUARDO PERIÉ.

(Continuacion.—Véase el núm. 43).

» ¿Será que la naturaleza humana, viciada por completo en su primer pareja ó en las primeras generaciones, como una cosecha cuyas espigas contenidas en la primer semilla, se resintiera del germen, sufriria un decaimiento y un castigo perpetuo por haber abusado de esa libertad moral, que es su peligro y su gloria?

» ¿Será que en consecuencia de esa primera alteracion de la libertad, toda esa raza solidárea sufriria una espiacion inesplicada hasta que hubiese reconquistado por esa misma libertad regenerada, su primer inocencia y su primera felicidad sobre la tierra? ¡Puede ser!..... No hay nada en esto, por mas que digan, que sea contradictorio con la idea de un Dios perpétuo.—Es tenebrosa, pero no absurda.—¿Quién nos dice que las almas no se engendran intelectualmente como los cuerpos, y que la última gota de agua no participa de la corrupcion del manantial?

» Por último, ¿es que la sabiduría y la bondad divinas habrán querido dar al hombre el mérito y la gloria de terminar, por decirlo así, su propia creacion por el ejercicio doloroso y meritorio de su libertad moral, sujetándola en este mundo a pruebas punibles y misterios, que bien ó mal soportadas durante esta corta vida, lo volverá a traer, si vencido, a nuevas pruebas, y si vencedor, a la conquista de su propia felicidad? ¡Puede ser! No hay nada en esto ni que atente al Criador ni que humille a la criatura.—¿Hacerse justicia a sí mismo, no es la mas suprema justicia? ¿Participar de su propia perfeccion, no es la perfeccion suprema? ¿No seria esa la mas hermosa espiacion de estas palabras: *Seréis Dioses*?

» En cualquier caso, misterio! No hay nada evidente mas que el sentimiento del dolor.—La humanidad se atestigua por su gemido.»

XVIII.

Pues bien, toda vez que el hombre no puede ni negar ni esplicarse humanamente su dolor, ¿cuál es la filosofía mas razonable: la que niega su triste condicion, ó la que piensa aceptarla, primero como una voluntad adorable en su enigma, y santificarla después como una prueba reverente de su misterio?

Todas las revoluciones de la naturaleza contra el dolor, todas las ideas filosóficas de la perfectibilidad indefinida y de los goces, no corregirán la amargura de una lágrima de la humanidad.—Mientras que los rediles de esa filosofía de la trasfiguracion del hombre en Dios en el mundo vierte en sus idilios arroyos de leche y miel, el hombre continúa anegándose en llanto, gimiendo y muriendo al son de los falsos cantos de esos epicúreos de este valle de lágrimas.—La suerte es la suerte, y el fallo está dado; el mundo es viejo y se ha soñado antes de nosotros: esos sofistas de la felicidad creciente han protestado hace millares de siglos; pero no han hecho revocar ni una sílaba de su destino.—El sueño pasa y el hombre queda.—Se llama Adán, tierra, que significa flaqueza.

XIX.

» Pero desde las mas remotas edades, otra filosofía tambien, que es la de la realidad; verdadera espresion del hombre complejo, alma y cuerpo, razon y religion unidas en una, y verdad y consuelo a la vez; filosofía cuyos dogmas y preceptos los encontramos en los monumentos primitivos de la India literaria, ha reflexionado en vez de soñar, y ha encontrado en el mismo dolor sus dos solos remedios: que son la aceptación y la santificación.

Esa filosofía mana desde los primeros libros sagrados de la India hasta en la filosofía del cristianismo de nuestros días; y la preferimos mil veces a esa perfectibilidad, digámoslo así, indefinida, encontrándola mas fácil de practicar.—Reposa sobre este axioma: «Es mas fácil el santificar la tierra que trasformarla.»

No le dice al hombre de sonreír cuando suspira, ni de esperar cuando desespera.—Le dice: tu dolor es merecido ó meritorio; acéptalo de parte de Dios como una espiacion, ó sopórtalo como una prueba emanada de él.—Tu juez será tu consolador; tu eternidad compensará el minuto de vida que tienes sobre la tierra; sufre para justificar tu raza culpable, ó para conquistar tu propia felicidad; y bendice a la una ó la otra hipótesis.

XX.

Esta es la filosofía que emana de la primera teología que conocemos, que es de la India antigua.—Vamos a daros una buena idea de ella en el examen de los libros sagrados y de los poemas primitivos de ese primer pueblo literario.—Los filósofos del progreso indefinido en teología, en moral y en literatura, nos preguntarán: si tales ideas, dogmas, preceptos y poesias, en la aurora de los siglos, se pueden confirmar por su indole en su sistema del hombre bruto en el principio, y del hombre Dios al fin de las edades.

(1) Esta fórmula termina invariablemente todos los discursos de los indios.

XXI.

Los primeros de esos libros sagrados se encuentran en la India, y no puede citarse su fecha, según lo remoto de ella. — Son los *Vedas*.

Los *Vedas* son una recolección de himnos, consagrados á las divinidades simbólicas de aquellos tiempos primitivos: dichos himnos celebran los atributos personificados del Dios único y criador, que los sabios adoraban al través de aquellas encarnaciones, y que el pueblo adoraba en ellas.

«Los *Vedas*, dice Mr. Barthélemy, Saint-Hilaire, son en el pueblo indio el cimiento y el punto de partida de una literatura mas rica y estensa, si no es tan bella como la literatura griega.»

En cuanto á nosotros, la encontramos mil veces mas hermosa, porque es una literatura mas moral, mas santa, y por decirlo así, mas divinizada por la caridad que respira. — La literatura de la India es la de la santidad; la de la Grecia, la de las pasiones.

«Se encuentran Poemas épicos, continua el sabio traductor, sistemas filosóficos, teatros, matemáticas, gramáticas y derecho; porque el genio indio ha tocado en todas las grandes direcciones de la inteligencia; y confiesan que son los *Vedas* los que le han inspirado esa literatura.»

Los *Vedas* son cantos parecidos á los de los profetas y á los de David, en la *Biblia*; con la diferencia que los cantos bíblicos no son mas que gritos líricos de entusiasmo, de adoración, de temor ó de amor hácia Jehóval; mientras que los himnos de los *Vedas* indios, son al mismo tiempo dogmas religiosos. — La poesia lirica de los profetas hebreos es mil veces mas sublime en espresion; pero los himnos de los *Vedas* encierran mas lecciones, moral y virtud en sus estrofas. — Y contienen tambien magníficos destellos de imaginación sobre la creación y sobre el caos que cobijaba al mundo antes de su nacimiento.

XXII.

«Entonces no existia nada, dice uno de esos himnos, ni la nada, ni el sér, ni el mundo, ni el espacio, ni el éter; no habia ni muerte ni inmortalidad, ni luz ni tinieblas. Pero la creación futura reposaba en el vacío. — Glorificar á Dios fué el deseo de nacer, en el primer germen de la creación....»

«Sin embargo, existia él, dice el libro, habia ya un Dios; existia sin respirar absorto en él mismo, en la soledad de su propio pensamiento, y sumergido en él para gozar en su contemplación. — No habia nada ni fuera ni en torno suyo; él estaba en si mismo.»

— ¿No es una metafísica demasiado espiritualista la de esa creación, por el deseo oculto que impulsa á las cosas remotas para que nazcan; y unirse á aquel de quien todo emana y vuelve, á fin de amarlo y glorificarlo?

«Por eso, prosigue el himno sagrado, los sabios meditando en su corazón y en su entendimiento, han explicado la traslación de la nada al sér; pero él, Dios, ¿qué otro manantial pudo tener mas que él mismo? El solo puede saber si esto es así ó no.»

XXIII.

Otro de esos himnos completa líricamente esta definición, por un grito henchido de fé y reconocimiento hácia el Dios único, creador y conservador de los séres conocidos.

«Apenas nacia en si mismo, cuando era dueño de los mundos que habia creado, y llenó con ellos el cielo y tierra: ¿á qué otro Dios le ofreceríamos un holocausto?»

«El mundo no respira ni ve mas que en él: ¿á qué otra Divinidad adoráramos?»

«Le pertenecen esas cúspides inaccesibles de las nevadas montañas, el firmamento, el Occéano sin limites con sus olas: el espacio es suyo, en el cual abre sus brazos sin tocar en los confines: ¿ante qué otro Dios debemos prosternarnos mas que ante él?»

«Es á él, que el cielo y la tierra sostenidos por su espíritu, ansian ver cuando el sol sale en todo su esplendor en el Oriente: ¿á qué otro Dios le ofreceríamos un holocausto?»

«Es él, él, que entre todos los demás dioses secundarios (encarnaciones de sus atributos) ha sido siempre el verdadero Dios, el Dios supremo: ¿á qué otro le ofreceríamos un holocausto?....»

Esta sublime letanía de las perfecciones y los derechos divinos del Dios creador, sigue de estrofa en estrofa, con el acento de un *Te Deum* del alma, ébria de alegría por haber entrevistado á su autor.

XXIV.

La creación del hombre es celebrada en otro himno con menos metafísica y menos poesia, pero llena de símbolos.

«Dios pensó, y se dijo: ¡Hé aquí los mundos! Voy á crear ahora sus huéspedes, y creó un ser revestido de un cuerpo: vió, y se entreabrió la boca de aquel sér, como un huevo estrellado; de su boca salió la palabra, y de la palabra salió el fuego; se abrieron sus narices, y salió el soplo, y del soplo el aire que se dilata y se estiende por do quiera; sus ojos se abrieron, y de los ojos salió la luz, y esa luz produjo el sol; las orejas se esculpiron, y de ellas salió el son que nos da el sentimiento de la aproximación ó lejanía (de las distancias); su piel se estendió, y de aquella epidermis estendida nacieron los cabellos, y de los cabellos del hombre nacieron los de la tierra, que son los árboles, las plantas, etc., etc.»

Se ve en este himno que en sentido inverso al del materialismo moderno que hace nacer la inteligencia de las sensaciones brutales de la materia dotada de órganos, el refinado espiritualismo de los sabios de la India hizo nacer los fenómenos materiales de la inteligencia.

Y esos himnos sagrados de los *Vedas* se cantaban en la India, no se sabe cuantos siglos antes de la religion de los Bracmanes, y dicha religion habia sido reemplazada por la de *Bouddha*, y esta habia envejecido ya en el tiempo de la conquista de Alejandro, ó sea trescientos veintiseis años antes de Jesucristo. — Juzgad, pues, por esto de esa pretendida barbarie de las edades primitivas, que los filósofos de la perfectibilidad indefinida afirman, balbuceando ellos mismos doctrinas infinitamente menos sublimes que esos lejanos ecos de la infancia del mundo.

No; en presencia de tales monumentos no creemos como ellos que el hombre haya principiado en el lodo y en la noche; pero tampoco creemos como la India, que ha principiado en la perfección relativa y en la luz que se llama *Eden*.

Creemos que los reflejos de ese *Eden* y de esa luz han resplandecido largo tiempo en su alma, con mas reflejos de una revelación primitiva, que en las edades posteriores; creemos que esa revelación primitiva data desde la creación; que Dios es contemporáneo del alma, que creó para entreverlo y adorarlo, y que si hubo una brillante efusión de luz, fué en la aurora del género humano, y no en el crepúsculo de su caducidad.

XXV.

La grandeza, la santidad y la divinidad del espíritu humano, son los caracteres dominantes de esa filosofía, en la literatura sagrada y primitiva de la India. — Se respira en ella una especie de soplo santo, tierno y triste á la vez, que parece que ha atravesado recientemente un *Eden* cerrado para el hombre. — Dicha poesia nos sumerge en el éxtasis como el *opio* que crece en las llanuras del Ganges. — Recuerdo siempre del santo vértigo que me sobrecogió la primera vez que algunos fragmentos de esa poesia *sanscrita* cayeron en mis manos. — Hé aquí en que términos describí mis mismas impresiones.

XXVI.

«Este éxtasis, decia, es comparable á lo que hemos experimentado algunas veces nosotros mismos, al dar por casualidad en una de esas páginas

mutiladas de los libros sagrados de la India, en que el pensamiento del hombre se eleva á una altura tan inmensa y habla tan divinamente, que dicho pensamiento parece confundirse en una especie de éter intelectual con el esplendor y la palabra del mismo Dios; de ese Dios que busca, que toca y que entrevee al fin en el fondo de la naturaleza y del firmamento; lanzando un grito de voluptuosa alegría y de deliciosa posesión del ser supremo.

«Esas medias páginas son tan bellas, que si hubiese muchas de su naturaleza, el hombre que las leyese, se hastiaría de la vida de los sentidos; se suspendería la pulsación de sus arterias, y le darían la impaciencia de tocar al infinito; la pasión de morir para encontrarse mas pronto en esas regiones indescriptibles, en donde se escuchan tales acentos, en esos momentos de embriaguez en que la inteligencia limitada se precipita y se adhiere á la inteligencia infinita; en ese murmullo estático de los labios, y luego en ese silencio del amor, que es la estinción de todo deseo en la posesión del ser infinito, infinitamente adorado é infinitamente poseído.

«Las dos impresiones literarias de este género que mas han imperado en mí, fueron producidas por la lectura de esas páginas misteriosas de la India, arrancadas al parecer de algunos libros sobrehumanos, y traídas por el soplo de los siglos desde la cumbre del Himalaya hasta nosotros.»

XXVII.

«La primera vez estaba solo en una habitación pequeña, alta y desnuda, de una casa de campo inhabitada, en la que al irse sus dueños habian dejado algunas hojas sueltas de folletos y de periódicos literarios, esparcidos aquí y allá para ser pasto de los ratones. — La aurora se elevaba en lontananza, sobre una larga hilera de bosques monótonos y sombríos, que apercibía al despertar, por mi ventana entreabierta a causa del calor del verano. — Los rayos del sol llegaban hasta mi lecho casi horizontalmente; las golondrinas entraban con ellos y golpeaban los vidrios alegremente con sus alas, y el viento fresco de la mañana, arremolinándose dulcemente en la torre, hacia zumbar las hojas de los libros y de los periódicos en los ladrillos como otros tantos gorjeos de ideas que se despertaran en el espíritu.

«Este ruido llamó mi atención. — No he podido ver nunca una página escrita sin sentir el deseo de leerla, y recogí algunas hojas medio roídas, de traducciones de himnos indios. — Dichos fragmentos eran la obra de uno de esos hombres que consagran su existencia y su genio, en mirar y sondear en este mundo otros distintos. — Se llama el baron de Eckstein, filósofo, poeta, publicista y orientalista: es un brahma del Occidente, desconocido de los suyos, viviendo en un siglo y pensando en otro.

XXVIII.

«Leía en mi cama con el codo apoyado en la almohada, en esa voluptuosa indolencia del cuerpo y del espíritu de un hombre indiferente á los ruidos de una casa extranjera, que ningun disgusto espera al despertar, y que puede ocupar las horas de la mañana, sin contarlas en el son monótono del reloj, que llama á los labradores. — De pronto cayó en mis manos un fragmento de treinta ó cuarenta líneas que resplandecieron á mis ojos, como si aquellas líneas hubieran sido escritas, no por el pincel del poeta mojado en tinta, sino con polvos de diamantes ó con los encendidos colores de los rayos que el sol naciente derramaba en la página: dicho fragmento era una ofuscación del alma mística, llamando, buscando, encontrando y abrazando á su Dios, al través de la inteligencia, la virtud, el martirio y la muerte; en el inefable arranque de la razón, la poesia y el éxtasis. — El acento era profundo como el infinito; las palabras transparentes como el éter limpiado; las imágenes verdaderas y repercusivas del objeto; como el espejo de los mares y del firmamento, y el sentimiento brotaba como un río de

la eternidad, emanación del calor y la luz que se desprende del sol, sin agotar nunca su manantial; una iluminación, en fin, del infinito surgida de las girándulas de los astros en el altar de Dios.

XXIX.

»Lo lei, lo volví a leer, y lo leería todavía.... Lancé mil sonidos inarticulados, cerré los ojos, y me anonadé de admiración en mi silencio.— Sentí uno de esos instintos que el hombre sincero consigo mismo siente rara vez cuando está solo, y que nada de teatral se mezcla a la cándida simplicidad de sus impresiones.— Sentí, como si una mano pesada me hubiese lanzado fuera del lecho, por la fuerza de un impulso físico.— Salté de él sobresaltado, descalzo, con el libro en una mano, temblándome las rodillas; y sentí la necesidad irreflexiva de leer aquella página en la actitud de la adoración y de la plegaria; como si el libro hubiera sido demasiado santo y hermoso para estar de pié, sentado ó acostado: me arrodillé ante la ventana hacia el sol naciente del cual se desprendía menos esplendor que de la página, y releí lenta y religiosamente aquellas líneas.— No lloré porque mis lágrimas son raras, tanto para el entusiasmo como para el dolor; pero di gracias a Dios al levantarme, por pertenecer a una raza de criaturas capaces de concebir tan claras nociones de la divinidad, y esprimirlas con una expresión tan divina.»

Si el poeta desconocido que escribió aquellas líneas algunos millares de años antes de mi nacimiento, asistió como creo, desde el confín de su gloriosa beatitud a aquella lectura, y vió la impresión de su palabra escrita, prolongada al través de la distancia y lo remoto de las edades; ¿qué pensaría al ver un joven ignorante y desconocido en una torrecilla casi arruinada, en medio de los bosques de la Galia, despertarse, arrodillarse, y embriagarse, a cuatro mil años de distancia, con ese Verbo eterno y repercutido que vive tanto como el alma; y que con una palabra suya eleva las demás desde la tierra hasta el cielo!

¡He aquí la literatura del género humano!

XXX.

La dulzura hacia el hombre y hacia toda la naturaleza es el segundo carácter divino de la filosofía y de la literatura indiana.— Quiero contaros de nuevo uno de los efectos de esa literatura en mi alma.

»Un día me había llevado a la caza un volumen inglés, de traducciones del *Sanscrit*, que es el idioma sagrado de los Indios.

»Un corzo inocente y feliz saltaba de alegría al través de los serpoles impregnados de rocío que crecían entre los árboles de un bosque.— Lo apercebía de cuando en cuando por entre los tallos de los brezos, enderezando las orejas, dando cornadas aquí y allá, olfateando el rayo del sol en el cual se calentaba su tersa vestidura, ramoneando los verdes tallos de la yerba, y gozando en su soledad y en su seguridad.

»Mi padre era cazador, y había pasado mis primeros años con los guarda bosques, los curas de la aldea y con los hidalgos del campo, que desentrañaban sus galgos con los nuestros.— No había reflexionado nunca en ese brutal instinto del hombre que se divierte en matar; privando de la vida, sin necesidad, sin justicia, sin piedad y sin derecho, a animales que tendrían sobre él el mismo derecho de raza y de muerte; si fueran tan insensibles y tan feroces en sus placeres como él.— Mi perro lo ventaba, mi fusil estaba en mi mano, y el corzo estaba a tiro.

»Sentí una especie de remordimiento y de duda, a romper de un golpe la vida, la alegría y la inocencia de un ser que no me había hecho mal ninguno y que saboreaba la misma luz, el mismo rocío y la misma voluptuosidad que yo; ser creado por la misma Providencia, dotado, puede ser, en diferente grado, de la misma sensibilidad y el mismo pensamiento que el mío, enlazado tal vez con los mismos lazos de afección y parentesco que yo en su bosque; buscando a su

hermano, a quien aguarda su madre, esperado por su compañera, ó llamado por sus hijos.— Pero el instinto maquinal de la costumbre imperó sobre la naturaleza, a la que le repugnaba el asesinato.— Salió el tiro.— El corzo cayó rota una espaldilla por la bala, y saltando en vano en su dolor sobre la yerba que enrojecía con su sangre.

XXXI.

»Cuando se disipó el humo del tiro, me aproximé palideciendo y estremeciéndome de mi crimen.— El pobre y hermoso animal no estaba muerto.— Me miraba recostando su cabeza en la yerba, con sus ojos llenos de lágrimas.— No olvidaré nunca aquella mirada, a la cual, la admiración, el dolor y la muerte inesperada, parecían darle profundidades humanas de sentimiento, tan inteligibles como las palabras, porque los ojos tienen su lenguaje, sobre todo cuando se apagan en la muerte.

»Dicha mirada me decía claramente en una desgarradora queja por mi crueldad gratuita: «¿Quién eres? No te conozco, ni nunca te ofendí.— Tal vez te hubiera amado; ¿por qué me has muerto? ¿Por qué me has robado mi parte de cielo, de luz, de aire, de juventud, de alegría y de vida? ¿Qué va a ser de mi madre, mis hermanos, mi compañera y mis hijos, que me esperan en la espesura, y que no verán ya mas que esos mechones de pelo diseminados por el tiro, y esas gotas de sangre sobre los zarzales? ¿No hay allá en las alturas un vengador para mí y un juez para tí? Yo, sin embargo, te acuso, pero te perdono: no hay cólera en mis ojos, porque mi naturaleza es dulce aun para con mi asesino.— No encontrarás en ellos mas que sorpresa, dolor y lágrimas.»

»Hé aquí lo que literalmente me decía la mirada del corzo herido.— La comprendía y me acusaba como si me lo hubiera dicho de viva voz.— «Acábame, parecía decirme aun en la queja que me lanzaban sus ojos, y en los inútiles estremecimientos de sus miembros.

»Hubiera querido curarlo a todo trance; pero tomé mi fusil por piedad, y volviendo la cabeza para no verlo, terminé su agonía.— Tiré entonces el fusil lejos de mi con horror, y esta vez, lo confieso, lloré.— Hasta mi perro pareció enternecerse: ni humseó la sangre, ni se acercó al cadáver, y se acostó tristemente al lado mío.— Nos quedamos los tres en silencio como en un duelo de muerte.

»Era la hora del medio día.— Esperé a que el viejo pastor que traía los carneros al establo durante las horas del calor, pasase con su rebaño por el bosque, a fin de que llevara el corzo a la casa, y entre tanto saqué de mi bolsillo un volumen de esos restos de poemas épicos de la India y traté de distraerme con su lectura.— ¡Vano esfuerzo! El volumen se abrió en una de las páginas que contienen esas maravillosas alegorías poéticas, en las que la poesía sagrada de los Hindous encarna sus dogmas de caridad universal.— Se cree sentir en el amor y en el respeto del hombre, para todo lo que es vida y sentimiento; algo de la caridad del mismo Dios para su criatura animada é inanimada.

»El poeta narra la ascension gradual de un héroe, llevándolo de prueba en prueba hasta el cielo, por los áridos escalones del Himalaya.— A medida que el camino se prolonga, tórnase mas frío y glacial; el héroe se ve abandonado indolentemente por los que le han amado sobre la tierra, y que trataron de seguirlo; pero que desanimado al ver sus infortunios, retroceden ó sucumben a sus piés bajo las cuspides de hielo y nieve que encuentran en su ascension.— Parientes, amigos, hermanos y hasta la amante, concluyen por fatigarse de su abnegación, ó por agotar sus fuerzas.— Solamente su perro, mas fiel y mas inseparable de él, que la amistad y que el amor, sigue jadeando los pasos de su amo para morir a sus piés ó para triunfar con él.

»El héroe llega, en fin, a las puertas del cielo; se entabrean para él, pero se cierran ante el animal.— Penetra entonces de una justicia sublime y de una abnegación que se eleva hasta la

inmolación de sí mismo; rehusa entrar en la mansión de la felicidad divina, si su perro, compañero de sus penas y fatigas, no entra con él.— Los dioses enternecidos de aquel generoso sacrificio, dejan entrar el animal con el hombre y el cielo se cierra trás de los dos.— He notado ese fragmento de caridad universal, y lo citaré en breve, en esos archivos de las bellezas del espíritu humano.

XXXII.

»Esta lectura me hizo comprender y sentir, mejor aun que la lectura de los dogmas religiosos de la India, la belleza, la verdad y la santidad de esa doctrina, que interdice a los hombres, no solamente el asesinato sin necesidad absoluta, sino hasta el desprecio hacia los animales; esos compañeros y huéspedes de nuestra habitación terrestre; huéspedes de los que debemos dar cuenta a nuestro padre común; como seres superiores en fuerza y en inteligencia, que deben responder de los seres inferiores que le están sometidos.— Admiraba y adoraba ese parentesco universal de los seres, y esa fraternidad de la vida entre todo lo que siente y ama en el mundo, en el círculo de su inteligencia y de su destino.— Me convencí de que el poeta indio era el sábio, y yo el bárbaro y el ignorante de una civilización que ha perdido tanto camino en la senda del amor, ó por mejor decir que no ha llegado aun a ella; y presentí que el hombre del occidente vendrá un día.

»Renuncié para siempre a ese placer brutal del homicidio, a ese despotismo cruel del cazador que cercena sin necesidad, sin derecho y sin piedad, la existencia de seres a los que no puede devolvérsela.— Me juré a mí mismo de no privar mas por capricho mío una hora de sol a esos huéspedes de los bosques, ó a esos pájaros del cielo que saborean como nosotros la corta alegría de la luz, y la conciencia mas ó menos vaga de la existencia, bajo un mismo rayo de sol.

»Pertenece a Dios, me dije a mí mismo; este me ha hecho su amigo y no su tirano.— La vida, sea cual fuere, es demasiado santa para hacer de ella ese juguete y ese desprecio que nuestra incompleta civilización nos permite impunemente ante las leyes; pero que el Creador no nos permitirá ante su justicia.»

Desde aquel día no he matado.— El libro, al comentar tan patéticamente la naturaleza, me había convencido de mi crimen.— La India me había revelado una página mas estensa de la caridad del espíritu humano, que es la que se tiene hacia la naturaleza entera.— El sello de toda esa literatura indiana es la humanidad; y esta se engrandece en proporción del amor divino del Creador hacia la universalidad de sus obras.

Dicha literatura atestigüa, por su existencia en aquella época remota del mundo, una de estas dos cosas: ó bien una revelación primitiva, cuyas perfecciones estaban aun presentes en la memoria del hombre; ó bien una madurez consumada de la edad y la razón, que daba sus frutos de sabiduría y santidad en la filosofía; y en la poesía de la prodigiosa antigüedad de aquella raza.

XXXIII

Por lo tanto, antes de entrar en la apreciación de las obras puramente poéticas de la India, permitidme que os dé una noción anticipada de su filosofía y sus nociones morales, sobre Dios, el alma, el hombre, en sus relaciones con Dios, y las del hombre con el hombre, y veréis si tales nociones, cantadas en verso ó redactadas en dogmas y en códigos, son un indicio de esa pretendida barbarie primitiva, que los filósofos de la perfectibilidad indefinida y continua atribuyen a aquella infancia del mundo.

He sacado el ejemplo que voy a presentaros del *Bagavagita*, que es el episodio del poema sagrado del *Mahavarata*, segun los Sres. *Hastings* y *Wilkins*, que son sus primeros traductores.

»La escena es un campo de batalla.— Uno de los combatientes, el héroe *Arjoun*, a la vista de sus parientes, amigos y compatriotas, que era

necesario herir en aquella guerra civil, siente desfallecer su corazón y prefiere recibir la muerte a darla.—El semi-dios *Krisna*, que combaté al lado de *Arjoun* con la impasibilidad divina, reconviene al héroe por su debilidad.—Un diálogo sublime parecido a los de Platón, se establece entre ellos, mientras que los dos ejércitos se reposan breves momentos de la matanza.

XXXIV.

«¿Qué temes? le dice el semi-dios, ó el maestro a su discípulo *Arjoun*; el sábio no se aflige nunca, ni por los muertos, ni por los vivos.—Yo existo para toda una eternidad, tú también, y no podemos dejar de existir nunca.—Es verdad que nos trasformamos; pero eso no es morir: el alma en esas trasformaciones sucesivas pasa la infancia, la juventud y la vejez, como nos pasa en el mundo.—El que tiene esta fé, no se turba por nada.—Nuestros órganos materiales son los que nos dan en la tierra esas sensaciones del calor y el frío, del placer y del dolor; pero esas cosas no existen en ellas mismas.—Comprendo que el que ha hecho todas las cosas, es incorruptible, inmutable é inalterable, y que nada puede destruir ó modificar lo que no es susceptible de destruccion.—El alma que habitaba en esos cuerpos que lloras, es incorruptible, imperecedera é incomprendible como su autor.—El alma no puede ni matar ni ser muerta: y lo mismo que el hombre se despoja de sus vestidos usados para tomar otros nuevos, el alma cuando se despoja de su forma antigua, toma inmediatamente otra nueva.—No puede dividirla el hierro, ni quemarla el fuego, ni corromperla el agua, ni alterarla el aire.... Pero ya creas que muere con el cuerpo, ó que es eterna como yo lo creo, no te aflijas: todas las cosas que tienen un principio, tienen un fin; y las cosas sujetas á la muerte deben tener un regenerador.—El estado precedente de los seres es desconocido; su estado actual es visible, y su estado futuro es un misterio.—No consultes tus vanas opiniones, ni tus efimeros terrores; consulta tu conciencia y tu deber, que te mandan morir por tus hermanos y por la causa de tu pueblo. Poco importa el suceso, ya seas vencido ó vencedor: la virtud está en el acto y no en lo que resulta de él.—¡El que ha renunciado á todo fruto temporal de sus actos; el que es verdaderamente santo y sábio, porque está libre de los lazos de la materia, vive ya en las etéreas regiones de la inmutable felicidad!»

XXXV.

«¿Y por qué signo, le pregunta su discípulo é interlocutor *Arjoun*, distinguiré ese hombre sábio y divinizado, absorto ya en esta vida, contemplando las cosas inmutables? ¿Dónde mora? ¿Cómo puede vivir y obrar todavía en la tierra?»

«Escucha, le dice el maestro divino, ese está afirmado en la santidad y en la luz que estrae de su corazón cualquiera otro deseo que no sea la contemplacion de Dios y de sí mismo; que no se alegra ni se entristece, ni por lo que se llama bien, ó mal terrestre, porque está afirmado en la santidad y en la verdad, y que puede poner en Dios todos sus deseos, asi como la tortuga replega á su voluntad todos sus miembros bajo su concha.—¡El hombre hambriento no piensa mas que en los alimentos que pueden saciar su apetito; pero el sábio lo olvida para alimentarse solamente de Dios!»

«El insensato, dominado por sus pasiones, no sueña mas que en la *noche del tiempo*, en la que todas las cosas duermen soñando; el *santo* no piensa mas que en el día de la eternidad, en la que residen todas las cosas, y cuando muere para el mundo, se absorbe en la naturaleza incorporea de Dios.

«Pero y ese despojo de la forma perecedera y mortal, prosigue el filósofo divino, ¿no puede efectuarse en la inaccion?—Este mundo, lleno de trabajos, ha sido creado para mas deberes que

el de la contemplacion pasiva de la divinidad.—Abandona, pues, hijo mio, todo motivo personal, y cumple tus deberes por el solo amor del bien.»

XXXVI.

«Esto es en lo que concierne á la piedad.—Escuchad ahora por lo que toca á la caridad.—Servios los unos á los otros, y llegaréis á la felicidad.—El que prepara sus alimentos para sí solo, come el pan del pecado.—Todo ser que tiene vida, es el producto del pan que come; el pan lo produce la lluvia, la lluvia viene de la plegaria que la implora, la plegaria es el resultado de las buenas obras, y las buenas obras las ha recibido el hombre de *Brama* (nombre de Dios).

«Yo mismo, prosiguió el semi-dios *Krisna* en la leccion que le daba á su discípulo, yo mismo practico las buenas obras; y sin embargo, por mi naturaleza divina no tengo nada que hacer, ni deseo para mí en las tres partes del globo (los tres continentes conocidos entonces), y vivo á pesar de eso cumpliendo deberes morales.—Si no cumpliera exactamente esos deberes, todos los hombres seguirian dentro de poco mi ejemplo, y el mundo abandonaria su deber: seria la causa de la produccion del mal, y alejaria los hombres del verdadero camino.—Lo mismo que el ignorante llena los deberes de la vida para adquirir su salario, del mismo modo el sábio perfecto debe llenarlos sin motivo personal de interés, sino solo por el bien; ¡y el bien es obra de Dios! Ese es el sábio.—Los que ejerzan esta doctrina, serán salvados por sus obras; los otros se retardarán en su salvacion.»

XXXVII.

«¿Pero quien, ¡oh, *Krisna*! le pregunta el discípulo, impulsa á los hombres á cometer el mal?»

«Sabe, le contesta el maestro, que hay una concupiscencia ó un mal deseo, hijo del principio carnal, lleno de pecados; y que obra en nosotros, porque el mundo está rodeado de ellos, como el humo rodea la llama, y el moño al hierro: en los sentidos, en el corazón y en la inteligencia pervertida, es donde reside para atacar al hombre y adormir su alma.—Aplicate, pues, á vencerlos dominando tus pasiones.

«Admiras los órganos materiales, mientras que el alma es mas digna de admiracion, porque es superior á la inteligencia; mientras no existe nada que le sea superior á ella.—¡Combate, pues, á ese enemigo que adquiere en tí la forma del deseo!»

XXXVIII.

«¿Y adónde va el hombre despues de su muerte? continuó el discípulo.—El bien va al bien, y el mal al mal, le responde; pero el hombre no deja de existir bajo formas distintas hasta que esté regenerado enteramente en el bien.

«Entonces el Dios se define él mismo por la voz inspirada y estática del dueño sobrenatural.

«Hombres de una vida rigida y laboriosa, continuó, vienen á prosternarse humildemente ante mí, glorificando mi nombre, ocupados sin cesar en mi servicio.—Otros me sirven adorándome, porque estoy en todas partes; y me adoran con el culto de la sabiduria, que solo cambia en las formas.—Soy el sacrificio, el culto, el incienso, la invocacion, las ceremonias hechas por los manes de nuestros antepasados, las ofrendas; soy, en fin, el padre y la madre de este mundo, y su abuelo y conservador.—Soy el solo santo y digno de ser conocido.—Soy el consolador, el creador, el testigo, el inmutable asilo y el amigo de los hombres.—Soy la generacion y la disolucion; el lugar do residen todas las cosas y la inagotable semilla de nuestra naturaleza.—Soy la claridad del sol y la lluvia.—Soy el que saca y sumerge los seres en la nada.—Soy la muerte y la inmortalidad.—Y, por último, soy el *Séi!*

«¡Mira ese mundo, como un lugar triste, pasa-

jero y corto, y sirveme únicamente, porque lo demás es la nada! ¡Perdono al pecador cuando viene hácia mí, y lo purifico de su mancha!—Estoy en los que me sirven y adoran en realidad, asi como ellos están en mí.... ¡Si el que ha obrado mal, viene á mí y me sirve, queda tan justificado como el justo!..... ¡Une tu alma á la mia, mirame como tu único amparo y entrarás en mí!.....»

XXXIX.

Aquí el diálogo suspendido, lo reanuda el discípulo; hace una magnífica profesion de fé al Dios único y supremo, del cual los dioses secundarios, seres puramente simbólicos, no son mas que sus satélites obedientes.—Es el *Te Deum* de la universalidad divina, en el cual resplandecen las palabras como si fueran de fuego.

El Dios le responde enumerándole los millones de formas bajo las que se manifiesta á la naturaleza, en sus creaciones y en su providencia.—En fin, el maestro se transforma enteramente en espíritu, y aterra al discípulo anonadado ante su divinidad; luego vuelve á tomar su forma humana dulce y sonriente, y lo instruye de los deberes del culto y la moral.

«Es mi predilecto, prosiguió, aquel cuyo corazón, libre del odio, estiende su caridad hácia todos los seres animados ó inanimados; que ni teme, ni lo temen los hombres; que no desea nada para él y todo para sus hermanos; que es el mismo en la gloria y en la humillacion, en el calor ó en el frío, en el dolor ó en el placer; que se eleva por su desprendimiento sobre la corta vida de este globo, para buscar al solo *Brama* (Dios), soberano principio de todas las cosas.

«Ahora ya sabes ese divino secreto, cuyo conocimiento te conducirá á la inmortalidad.

(Se continuará.)

SECCION CIENTÍFICA.

EL CALOR Y SUS APLICACIONES.

Nada hay acaso mas interesante que el estudio de las aplicaciones que el hombre hace de los agentes naturales, que la Providencia pone á su alcance, para que los utilice y se procure con ellos las infinitas modificaciones de que es susceptible la materia.

El hombre que no reflexiona y se para á considerar en los objetos que le rodean, no puede formarse la menor idea de la grandeza de su Criador, y vive, por decirlo así, sin comprender su existencia.

¿Quién será el que al admirar la salida del sol en una bella mañana de primavera no se entusiasma deliciosamente al ver revivir la naturaleza dormida durante la noche, en que cada criatura comienza su interrumpida tarea, en que los pajarillos salen alegremente á buscar el sustento de sus hijuelos, y en donde las plantas mecidas por la brisa parecen saludar al astro vivificador, y alzando su vista al firmamento no comprende toda la grandeza de este espectáculo?

El calor es el principio vital del hombre, de los animales, de las plantas, y de toda la naturaleza; gracias á él, el hombre puede proveer á sus necesidades; con él domina la materia, la modifica y obtiene los metales, fundiendo los variados minerales que le regala la tierra.

Esponer los efectos de este poderoso agente natural, dar una idea de las diversas aplicaciones que ha recibido y del partido que aun se puede sacar de él, es el objeto de este artículo, proponiéndome el instruir, amenizando cuestiones de por sí algo abstractas, y que, sin embargo, son de un gran interés.

Todo el mundo tiene idea del calor por la sensacion producida en nuestros órganos por un cuerpo caliente.

Varias son las opiniones sobre la causa del calor, que, á mi modo de ver, son todas inútiles, pues se fundan en conjeturas que en nada modifican la aplicacion de sus efectos. Esta ha sido siempre la tendencia de los filósofos; en todo tiempo han trabajado con afán, gastando su vida en quimeras sin resultado alguno, y mientras tanto han despreciado los efectos que son los únicos dignos de estudio y que podemos apreciar y percibir por nuestros sentidos.

La accion principal del calor sobre los cuerpos es la dilatacion. Todos los cuerpos en general aumentan de volumen cuando se les espone á la accion del fuego. Los gases poseen en alto grado esta propiedad; vienen despues los líquidos y en seguida los sólidos.

Para hacer palpable esta propiedad, vamos á describir un pequeño aparato de que se sirve la física, figura 1.^a: se compone de un anillo de metal *m* á través del cual puede pasar libremente una bola de cobre *a*. Pero si por medio de una llama cualquiera se calienta la bola de cobre, y despues que se halle caldeada se intenta el hacerla pasar por el anillo, será en balde; pues quedará como se ve en la figura, lo cual demuestra de una manera evidente que sus proporciones han aumentado, es decir, que la accion del calor la ha dilatado.

Este ejemplo que acabo de citar es uno de los muchos que posee la física; pero no es del caso ahora el dar mas pruebas, y sobre todo, en una cosa en que todo el mundo tiene intima conviccion por los hechos que observa diariamente.

Las aplicaciones de esta propiedad son numerosas, y la mas notable entre ellas es el *termómetro*, aparato que todo el mundo conoce y que sirve para medir la temperatura.

La aplicacion no puede ser mas ingeniosa; en efecto, los cuerpos se dilatan proporcionalmente al grado de calor que experimentan, si bien esta proporcion no es rigurosamente exacta; por consiguiente si se encierra en un tubo de cristal un líquido tal como el mercurio, ó el alcohol á medida que la temperatura del sitio ó habitacion donde se halle el instrumento aumente ó disminuya, así subirá ó bajará la columna de líquido, y si al lado del tubo se pone una escala graduada, podrá decirse que la temperatura es de tantos ó mas grados.

Hé aquí, pues, una aplicacion sumamente útil y preciosa, cuyos servicios no se reducen simplemente á indicarnos el calor de un día de julio ni el frio de una noche de enero. Su intervencion es necesaria en multitud de operaciones industriales, que sin su auxilio se verian en la misma incertidumbre que un marino sin brújula.

La relojería ha utilizado tambien la propiedad de los metales, de dilatarse los unos mas que los otros, y ha obtenido lo que se llama el *péndulo compensador*, que se compone, como fácilmente se vé en la figura 2.^a, de una serie de barras: las que están representadas mas oscuras, son de acero, y las mas claras de estaño, de tal modo dispuestas, que las de acero pueden dilatarse de arriba hacia abajo; y las de estaño al contrario. Naturalmente se comprende que si el aparato está bien calculado, habrá compensacion, y la longitud del péndulo quedará la misma, aunque la temperatura aumente considerablemente. Esta clase de péndulo se usa solamente en los relojes de precision, aunque seria de suma utilidad en los de torre, que están mas espuestos á la variacion de temperatura que cualquiera otro, por su elevacion. Así es que los vemos atrasar en los fuertes calores y adelantarse con el frio intenso.

Multitud de operaciones industriales están basadas en esta propiedad; tanto, que si nos propusiéramos citar algunas, necesitaríamos mas estension de la que permite un SEMANARIO. Bástenos decir que entre ellas se nos ocurre una muy conocida de todos: la colocacion de las llantas de las ruedas de toda clase de carruajes. Las llantas de las ruedas, por su fatigoso trabajo, han de estar perfectamente sujetas á la rueda, y para eso se hacen del mismo diametro que ella; pero no pudiéndose meter á frio, calentándolas se ensan-

chan, dejan colocarse fácilmente, y luego, al enfriarse, quedan perfectamente sujetas.

La primera accion del calor hemos dicho que es la dilatacion; pero un nuevo fenómeno se presenta. Si la temperatura aumenta considerablemente, el cuerpo espuesto á la accion del calor se irá dilatando cada vez mas, hasta que llega á fundir, y se trasforma en cuerpo líquido. Esta nueva accion del calor es lo que se llama fusion, propiedad sumamente útil en que se basan todas las operaciones de la preparacion de los metales.

Los metales se hallan en las entrañas de la tierra, combinados con otras materias: en este estado, su utilidad es nula; pero espuestos á la accion del fuego, el fenómeno de la fusion los trasforma y se obtiene el hierro, el cobre, el oro, la plata, etc., tan necesarios en todas nuestras operaciones.

(Se continuará.)

CRÓNICA ESTRANJERA.

En una correspondencia particular de Berlín, recientemente recibida en Madrid, se hacen las siguientes consideraciones sobre la Prusia en medio de las actuales cuestiones europeas, con tal veracidad y conocimiento de los hechos, que no dudamos en reproducirla casi íntegra para que llegue á conocimiento de nuestros lectores. Por otra parte ninguna noticia interesante hemos recibido del extranjero en los días anteriores. Numerosos despachos telegráficos han repetido que se pensaba en la reunion de un Congreso internacional al que se sometieran las graves cuestiones políticas pendientes; pero se ha divagado mucho sobre cuál sería el punto en donde la reunion diplomática tendría lugar, bien fuese Paris, Bruselas, Viena, etc.

Los armamentos de las principales potencias continúan; pero al mismo tiempo debemos decir á nuestros lectores, porque podemos asegurarlo en vista de las noticias que poseemos, que ningún nuevo incidente ha venido á agravar la situacion europea, sea cual fuere el estado por la que atraviesa el continente.

«Despues de muchas semanas de reserva y de silencio, dice la correspondencia de Berlín á que hemos aludido, el gobierno prusiano ha decidido hablar claro á la Dieta sobre la cuestion de la guerra. La sesion de la Cámara alta se creció con cierto aire de solemnidad. Todos los miembros del gabinete estaban presentes, y todos los del cuerpo diplomático, excepto el embajador de Francia. El de Inglaterra, lord Bloomfield, ostentaba un gran séquito de secretarios y agregados. Asistian el príncipe Federico Guillermo, el gran duque de Sajonia Weimar y otros personajes de igual categoria. Tomó primero la palabra el jefe del gabinete, príncipe Hokenzollern Signaringen, para anunciar que los otros ministros darian las esplicaciones convenientes, cada uno en su respectivo departamento. Siguió el de Hacienda, declarando que se habia prohibido la esportacion de caballos, cuyos pedidos, para Francia, habian aumentado considerablemente en estos últimos días. Por fin, llegó su turno al ministro de Relaciones exteriores, Mr. Von Patow, y entonces llegaron á su colmo la atencion y el silencio de la concurrencia. Empezó justificando la actitud pasiva y observadora en que hasta entonces se habia mantenido el gobierno; pero confesando que ya habia llegado el momento de dirigir su voz á la Alemania y á la Europa, y de fijar el puesto que Prusia debe ocupar en el estado presente de la política exterior. «Conservar intactos, dijo, los tratados y los derechos establecidos, asegurando así la paz en esta parte del mundo, tal será el fin que la Prusia intenta obtener por todos los medios que estén á su alcance. A sus esfuerzos se uniran los de la Gran Bretaña, su mas íntima aliada. Ambos gabinetes, unidos en el mismo propósito, impulsados por los mismos motivos, abrigan la esperanza, grandemente justificada en estos últimos días, de que no serán

vanas las medidas que han tomado para la conservacion de la paz.»

Entró despues el ministro en amplias consideraciones sobre la necesidad de cimentar la union de la raza germánica, y elevando la voz y dando notable énfasis á sus palabras, dijo: «Que las armas de Prusia acudirian al socorro de cualquier estado alemán cuyo territorio fuese violado, y al que se quisieran imponer condiciones que rebajasen su dignidad y comprometiesen su independencia.» Este discurso fué muchas veces interrumpido por los mas ruidosos aplausos. El presidente de la Cámara propuso entonces que se levantasen todos los presentes, en señal de unanimidad con los sentimientos espresados por el ministro, y así se ejecutó, en medio de las mas vivas explosiones de entusiasmo.

En la Cámara inferior fué todavia mas agitada y mas rumorosa la escena.

Todas las cartas de Alemania están acordes en la energia con que se ha despertado el espíritu público.

JANER.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

La *Gaceta* del día 19 publica la nueva organizacion del cuerpo de ingenieros de montes.

Tambien por reales decretos insertos en el periódico oficial del mismo día, se han declarado carreteras de segundo orden:

1.º La que partiendo de Mayorga, de la de Adanero á Gijón, y pasando por Valencia de D. Juan, va á empalmar en Puente Orbigo con la de Leon á Astorga.

2.º La que partiendo del ferro-carril de Madrid á Alicante, en la estacion de Caudete, y pasando por Yecla y Jumilla, va á empalmar en las inmediaciones del Puerto de la Losilla con la carretera de primer orden de Albacete á Cartagena.

3.º La que partiendo en Garray de la de Soria á Logroño, y pasando por Yangüas, Enciso, Arnedillo y Arnedo, va á terminar en Villar de Arnedo.

Hé aquí los únicos decretos que publicó la *Gaceta* en la semana anterior.

— En la sesion del Congreso del día 19 fué aprobado por 137 votos contra 17 el proyecto de ley sobre el ferro-carril de Andalucía.

El día siguiente fué desechada la proposicion del Sr. Aparici y Guijarro, sobre reforma de ley electoral.

— En el Senado quedó aprobado el proyecto de ley sobre dos millones de crédito que pedia el Gobierno. Notaríamos, sin embargo, y por no olvidar nada, el incidente promovido por el general Calonge en la cuestion de la desamortizacion.

— Vamos ahora en las provincias.

Hé aquí lo que dice *El Dauro* sobre el incendio ocurrido el 14 en Granada.

«La impetuosidad del viento daba una forma aterradora al infernal espectáculo. El feroz ruido de las llamas, el chasquido de las maderas que al romperse esparcian á muchos metros de distancia sus chispeantes fragmentos, el quejido del agua al caer sobre la inmensa hoguera, el ya acompasado, ya precipitado golpeo de los obreros, el belicoso y sonoro eco de los clarines que mandaban las maniobras, el aire que nos negaba el oxígeno necesario para la respiracion, cuanto nos rodeaba, bien pudiera haber servido para un boceto del infierno.

»A las cuatro de la madrugada se logró aislar el fuego y formar placeta. En una estension de mas de cien varas, solo se veian ruinas. En cuanto á desgracias personales, el 16 se decía que habia habido dos víctimas, José Boya, de edad de 22 años, y Juan Jordan, casado, con tres hijos y de oficio albañil; pero cuantas escavaciones se habian practicado, no daban el mas ligero indicio de que tales desgracias hubiesen ocurrido. Las casas incendiadas son diez, y el total de las que han sufrido diez y siete. No hay palabra bastante espresiva para encarecer los esfuerzos que autoridades, fuerzas auxiliares, entre

cuales hay que colocar, como siempre, en primer lugar á la Guardia civil, y particulares hicieron para dominar el espantoso incendio y salvar las personas y los efectos por él amenazados.»

—A consecuencia del choque de los dos trenes, ocurrido el 7 cerca de las Caldas, han sido separados el jefe de aquella estacion y el maquinista que salió de dicho punto.

—Se van á construir cuatro templos en San Juan, Torrevieja, Catral y Almoradi, pueblos de la huerta de Orihuela.

—Las fortificaciones de Mahon van á recibir grande aumento é impulso: el gobierno hará, á lo que parece, de la fortaleza de Isabel II una de las primeras de Europa. Ya han salido de Barcelona para las Baleares dos compañías de ingenieros y las personas facultativas necesarias para emprender los trabajos.

—Dice un periódico, que la municipalidad de Madrid piensa seriamente en alejar de la poblacion los muchos cementerios que la circundan, y que, estendiéndose, como va la poblacion, pueden ser funestos á la salubridad de la misma.

—El dia 15 del corriente tuvo efecto la primera reunion del cuerpo facultativo de la beneficencia provincial de Madrid, despues de la organizacion que ha recibido conforme al real decreto del 30 de junio último. En esta reunion el visitador general dió cuenta de que el gobierno queria oír la opinion de la junta sobre el proyecto existente, de establecer en esta córte una casa de maternidad; lo que aceptó la junta como una honra, apresurándose á nombrar una comision de su seno que llene las aspiraciones del gobierno.

JUAN DEL CORREO.

REVISTA DE TEATROS.

Ninguna novedad digna de tomarse en cuenta nos han dado los teatros durante la semana que acaba de transcurrir. Unicamente el Regio coliseo ha vuelto á abrir sus puertas al público *dilettanti*, poniendo en escena la ópera nueva del maestro Verdi, titulada: *Il Saltimbanco*. Como somos profanos á la ciencia del contrapunto, y como por otra parte la seccion musical no es de nuestra incumbencia, dejaremos á la bien cortada pluma de nuestro amigo y compañero RÓMULO el cuidado de hablar de dicha partitura, en lo que ganaran no poco nuestros lectores; limitándonos unicamente á trasladar á este lugar el argumento del *Saltimbanco*, que es el siguiente.

«Un hijo del duque de Almonte, casado en secreto y á disgusto de su padre, tuvo una hija que costó la vida á su esposa. Obligado despues á emigrar de Francia, confió la niña á una nodriza, la que, faltándole absolutamente noticias del padre, crió á su pupila como hija suya, y mas tarde la casó con un saltimbanco. Sucedió despues que el hijo del duque de Almonte cayó enfermo, y antes de morir, remordiéndole la conciencia por el abandono en que habia dejado á su hija, confió su secreto á su amigo el caballero Rolando, encargándole de buscarla y de impetrar para ella del anciano duque el perdon que para si no habia podido conseguir. Rolando, al volver á Francia, fué asaltado por un bandido, de nombre Arnoldo, quien le mató, y habiéndose apoderado de sus papeles, averiguó la comision de que estaba encargado. Entonces Arnoldo, tomando el nombre de su victima, escribió al duque, quien conmovido por la muerte de su hijo, resolvió recoger á su desgraciada nieta. Pero al saber que está casada con un titiritero, pretende anular este enlace, y al efecto escribe al fingido Rolando para que compre el silencio del marido y persuada á la infeliz á que abandone á su esposo.

«Frustrándose á Arnoldo los primeros pasos que dió para conseguir su intento, y con él la recompensa ofrecida por el duque, roba á Elena una de sus hijas, y de este modo logra que por seguirla abandone á su esposo el saltimbanco. E te la busca, y no hallándola, duda de ella.

«Entonces se disfraza con el traje de Arnoldo, llega hasta el palacio del duque, en los momen-

tos en que se celebra una fiesta en honor de su esposa, le reconoce, y sin oír los ruegos de Elena, le conducen á una prision. En el tercer acto llega la madre con sus dos hijos al calabozo donde se halla su esposo, y convenciéndole de que no ha olvidado ni sus deberes, ni su amor, se dispone á morir con él si le condenan al suplicio. En estos momentos les traen la nueva de que el duque los perdona y de que el rey sanciona su matrimonio.»

En el teatro del Circo se han puesto en escena la comedia en tres actos del Sr. Cisneros, *El Paraiso perdido*, en la que recogieron gran cosecha de aplausos Teodora, Arjona y los hermanos Romea; y la comedia de nuestro inmortal Lope de Vega, titulada: *Buen Maestro es amor*, ó la *Niña boba*, habiendo desempeñado el papel de protagonista con una gracia y naturalidad admirables, la eminente actriz Matilde Diez, secundándola dignamente las Sras. Carrasco é Hijosa, y los Sres. Romea y Arjona. La concurrencia, tan numerosa como brillante, que asistió á esta representacion, prodigó á todos los actores que en ella tomaron parte justos y espontáneos aplausos, llamándolos además al prosenio.

En el coliseo de Jovellanos se ha verificado, con el mismo feliz éxito que los anteriores, el tercer concierto sacro. Las piezas mas notables han sido el motete del *Bone Pastor*, del maestro Eslaba; dos magnificas oberturas, una de Weber y otra de Meyerbeer, y un septeto de Beethoven, tocado admirablemente por los Sres. Monasterio, Arche, Lasserre, Muñoz, Romero, Melliez y Rodriguez, los cuales se hicieron aplaudir con justicia por la brillante concurrencia que ocupaba las localidades. La orquesta y los coros estuvieron con la misma precision y conciencia que siempre.

En el teatro Francés se han puesto en escena las piezas en un acto, *L'avocat du Diable*, *Le Chevalier du Guet*, *L'amour á l'aveuglette*, *Le Roi de cœur*, *Le Retour de Crimée* y otras. En todas ellas ha desempeñado el principal papel, con tanta gracia como donosura, la linda y escelente actriz Mlle. Montaland, distinguiéndose, sobre todo, en el vaudeville, titulado: *Le Retour de Crimée*, en el que desempeña con singular perfeccion dos caracteres distintos, de marinero y de zuavo. La escogida concurrencia que asiste á dicho teatro, la hace salir todas las noches al palco escénico, prodigándola entusiastas aplausos.

Los demás actores contribuyen al *ensemble*, desempeñando con propiedad y esmero sus respectivos papeles.

El Principe no nos ha dado nada nuevo.

NUMA.

BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA.

Catalogus librorum Doctoris D. Joach. Gomez de la Cortina, March. de Morante, qui in cœdibus suis extant. Tomus III. Matriti, apud E. Aguado, MDCCCLVIII.

Consecuente con los anteriores prosigue el tercer volumen, catálogo de las obras del Sr. Morante, la idea, que en la publicacion se propusiera el erudito Marqués, de dar á luz un útil repertorio de libros curiosos, adornado de aquellas noticias, que mas atractivo pueden comunicar á una obra de este género. Mucho apreciamos en ella las elevadas noticias bibliográficas que la adornan, mucho las extensas piezas literarias que cada vez mas marcan la tendencia literaria del trabajo; pero por mas que desde el interés que semejantes particulares envuelven, haya larga distancia hasta noticias de un orden mas subordinado, siempre serán para nosotros de importante contenido los detalles que ofrecen muchos artículos de aquella, referentes, ya principalmente á la procedencia de las obras, estado de su encuadernacion, con apreciacion del carácter y gusto de aquellas que la conservan de determinado tiempo ó nacion, y hasta la indicacion de los artistas que han merecido bien de la

Bibliofilia, contribuyendo á realzar con un ornato exterior, el mérito intrínseco de una produccion del genio. Que tal tributo esta bien rendido al cumplido ejercicio de cualquier arte.—*Homo sum*, etc. Estos pormenores, no menos que los de la clase y adornos accesorios de la encuadernacion, ofrecen, á nuestro limitado modo de ver, un interés que va mas allá de lo que á primera vista aparece: porque semejantes indicaciones, que como en la presente coleccion, siempre se refieren á monumentos de alta importancia, nos parecen nada menos que cartas de seguridad, medios conducentes á identificar la personalidad de esos seres, que hacen inmortal la de la persona; y aparte del interés especial de la historia de la encuadernacion, si se agrega el especial aprecio que debe recaer en obras, que, sobre el precio de su antigüedad ó esmero de su edicion, reúnen el valor de notas marginales y autográficas, que las hacen una verdadera rareza y preciosidad literarias, ¿qué mucho que todo buen bibliófilo anhele y haya de agradecer la consignacion de los caracteres exteriores que las hacen incapaces de extravío? Especie, la dicha, de determinacion bibliográfica, que facilita una como útil inquisicion en la policia del mundo bibliográfico.

Pasemos á algunas consideraciones estadísticas concernientes á esta tercera parte. Abraza esta las letras desde la M hasta la O inclusives, alcanzando al artículo de obras 5971. No tiene introduccion, y ofrece al final del tomo la biografia del dean de Alicante, *D. Manuel Martí*, traducida literalmente al castellano de la escrita en latin por D. Gregorio Mayans. Poco podemos decir del mérito absoluto de esta version, siéndonos apenas conocido el original del Sr. Mayans; mas creemos que el traductor anduvo sobradamente modesto al anunciar una traduccion tan literal, que se resentia la narracion del estilo de la época á que debe su creacion. Nosotros vemos en este trabajo una pieza literaria bien sostenida, de castizo lenguaje y de expresion fácil y animada, dotes que deben corresponder á una buena y fiel traduccion. Ciento diez páginas útiles abraza este trabajo. En su lugar esperaríamos ver alguna de las ya deseadas biografias de Scaligero, Casaubon ó el Brocense; mas la que reseñamos fué preferida por el autor, cuyos motivos respetamos, dejando tambien el mismo para otra ocasion, la insercion de la de Meckanhton, que ofreciera en el artículo 4898. Este tomo sigue ofreciendo á continuacion de algunos artículos, interesantes biografias, cada vez mas extensas y curiosas, en su tanto, que las del segundo volumen, pues si en este figuran en primera linea, á la par de otros desarrollos de vario carácter, como la noticia del *Diario de los Sabios*, obra francesa en dos series de 138 volúmenes, y valor de 3,740 rs.; las de Adriano Junio ó Jonghe, y de Francisco Junio, de Arnoldo Drakenborch, de Cristóbal de Longueil (Longolius), en unas tres hojas impresas en carácter de notas; ofrece el tercero, entre otras muchas, las de Juan Mureio, Jacobo Micyllus, Jacobo Montano, y sobre todas las de Olimpia Fulvia Morata, eminente literata y sabia escritora del siglo xvi, y ocupa 30 páginas del propio compacto carácter de notas.

Nada mas nos permite decir por ahora la estrechez del tiempo; pero fiamos poder añadir algo en el siguiente artículo.

FRANCISCO GAYOSO.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

Madame de Longueville. 4e edition, revue et corrigée, par Mr. V. Cousin. Un vol. in-18°; Didier.

El hermoso conjunto de estudios, cuya cuarta parte publica hoy M. Victor Cousin, está consagrado, como sabemos, no solo á una mujer ilustre, si que tambien á la sociedad en que ha vivido, y con especialidad á la gran familia de los Condé, de que procede. Esta nueva edicion agrega mas de un rasgo delicado, mas de un porme-

GAVARNI ESPAÑOL.

TRANSEUNTES.



De presidio á las plazuelas y vice-versa

nor curioso, al gracioso retrato que ofrece, y al cuadro en que se ajusta. Algunos de los principales personajes, agrupados en torno de Mme. de Longueville, Mazarino y La Rochefoucauld, entre otros, sobresalen mas y nos descubren mas por entero su espíritu. La batalla de Rocroi se halla referida, entre otras particulares, conforme á los documentos mas verídicos. Vemos que de preferencia se presenta, segun la expresion del mismo Cousin, el fondo sólido sobre el cual descansa la fiel pintura de la sociedad francesa en el siglo XVII.

Este es efectivamente el mérito de un libro que nos revela en Mme. de Longueville, no solo la digna hermana de Condé, si que tambien la expresion mas cumplida y encantadora de su época.

Essai sur les Fresques de Raphael au Vatican, par Mr. A. GRUYER. Loges, Un vol. in-8°; veuve Jules Renouard.

Mr. Gruyer ha consagrado ya á los frescos de Rafael un primer volumen, acogido favorablemente por los artistas y el público. Este abraza un estudio muy completo acerca de las obras maestras contenidas en las logias. No solo examina el autor cuidadosamente cada pormenor; sino que entra en las consideraciones generales que puede provocar la mas mínima cuestion de arte. Esta publicacion se recomienda tambien por cualidades literarias, que han sido ya generalmente apreciadas, y hacen del *Ensayo* de Mr. Gruyer, más que un escelente tratado de consulta, es á saber, una agradabilísima conducta.

Critique et littérature musicales, par Mr. P. SCUDO. Un vol. grand in-18°; L. Hachette.

Este volumen es el segundo de los que redacta el autor, con los estudios de critica y literatura musicales, que han parecido por primera vez en la *Revista*. Los lectores de esta saben cuánto encierra en ciencia, profundidad, buen gusto y tambien finura. Mr. Scudo sabe escribir con una pureza y precision, muy escasas hoy en semejante materia. Asi podemos predecir con seguridad á esta segunda serie una acogida tan favorable como la que del público ha obtenido la primera.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Baillière,
— editor responsable y propietario. —

SUMARIO. *Los Amores mortales*, por Adrien Robert, pág. 225.—*Los Tramperos del Arkansas*, por Gustave Aimard, pág. 230.—*Curso familiar de literatura*, por Lamar-tine, pág. 234.—*Seccion científica*, pag. 237.—*Crónica extranjera*, pag. 238.—*Crónica española*, pag. 238.—*Revista de teatros*, pag. 239.—*Bibliografía española*, pag. 239.—*Bibliografía extranjera*, pag. 239.

Advertencia importante.— La Administracion de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la reparticion de los números en Madrid y su remision á las Provincias se haga con la mayor puntualidad; así es que toda reclamacion que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente á la reparticion del número, y en Provincias á los ocho dias de su publicacion, no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número 4 cuartos en Madrid y 6 en Provincias.

Otra.— Siendo propiedad de la empresa las materias contenidas en LA LECTURA PARA TODOS, se prohíbe su reproduccion en todo ó en parte.